

Ferfan.

¡GUERRA A LOS "TERMÓFAGOS"!

H. S. THELS

¡Guerra a los termófagos!

Colección ESPACIO

¡Guerra a los termófagos!

por

H. S. Thels



EDICIONES TORAY, S. A.
Teodoro Llorente, 13
BARCELONA

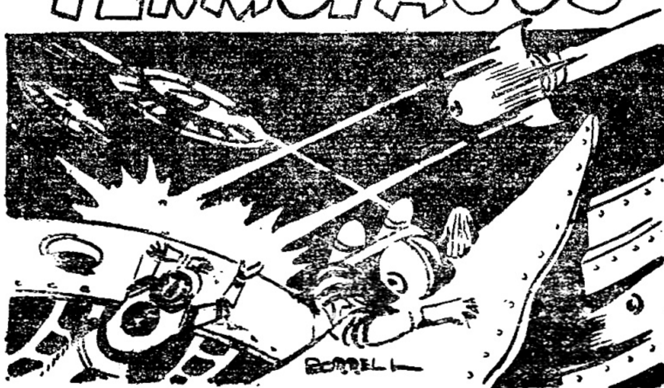
FIDEL INTERNATIONAL
Representantes exclusivos
en los Estados Unidos de Norteamérica
excepto Nueva York (Ciudad) N. Y.
BOX 266
MALIBU, CALIFORNIA - U. S. A.

Depósito legal B. 20979 – 1959

IMPRESO EN ESPAÑA

PRINTED IN SPAIN

Impreso por EDICIONES TORAY, S. A. - T. Llorente, 13, Barcelona



CAPÍTULO PRIMERO



L robot magnetofónico giró, como la cabeza de una serpiente, aplicando la fina ranura de su boca a la achatada superficie del micrófono amplificador. Y su voz, inaudible en el interior de la astronave, voló por el espacio, atravesándolo, a doble velocidad de la luz, ya que la emisión se hacía sobre «fotones» doblemente acelerados:

«¡Aquí astronave M-15, en patrulla!... ¡Atención!

¡Atención!... ¡Aquí astrocohete M-15, en patrulla!...»

La voz iba hacia los planetas donde los hombres habían establecido sus factorías, hasta el límite del Sistema Solar, punto en el que sus aparatos se vieron obligados a detenerse, ante el salto de más de cuatro años luz que los separaba de la próxima aglomeración de planetas, bajo la luz azulada de la hermosa Alfa del Centauro.

Habían sido muy bellas las conquistas de los últimos seiscientos años, a partir de aquel siglo XX en el que se inauguró, con el lanzamiento de rudimentarios satélites artificiales, la Era Interplanetaria.

Exceptuando el estéril Mercurio, que no pudo aprovecharse a pesar de las

numerosas intentonas que se hicieron en este sentido, los demás planetas habían sido aprovechados. Venus contaba con una floreciente colonia terrícola, Marte se había convertido en un planeta industrial, Júpiter proporcionaba millones de toneladas en sus cultivos hidropónicos, Saturno era un centro turístico enorme, Urano y Neptuno procuraban energía, ya que sus subsuelos estaban cuajados de uranio y plutonio. Y Plutón, a pesar de su nombre, no era más que la avanzadilla, la última conquista del hombre, donde un puñado de valientes trabajaba para acondicionarlo y sacar de sus pétreas entrañas la indudable riqueza que tan celosamente guardaba.

«¡Aquí astrocohete M-15, en patrulla!...»

Una vez cada tres minutos, el robot magnetofónico lanzaba su aviso, que era como el «alerta» del centinela de antaño, demostrando la presencia de hombres que se movían, de uno a otro lado del espacio, siempre dispuestos a ayudar a la astronave comercial en avería o de correr en auxilio de quien lo necesitase.

En el interior del astrocohete, sus cuatro ocupantes, habituados a la vida sedentaria, se distraían, de mil formas diferentes, esperando un relevo que se efectuaba cada mes.

Chas Otler, el jefe, y Ralph Cameron, el piloto, jugaban a la baraja electrónica, delante de la mesa semitransparente donde iban haciendo aparecer, pulsando los botones combinatorios, su correspondiente baza.

Elmer Curtis, el mecánico, leía un libro, ante su aparato reproductor, que proyectaba en la pantalla un microfilm que contenía ocho mil volúmenes, con la ventaja de no tener que pasar jamás la página, ni interrumpir la lectura, ya que el film había sido tomado longitudinalmente.

Por último, Bund O'Neil, el telerrobótico, escuchaba música clásica de *jazz,* que le iba reproduciendo, al mismo tiempo que le proyectaba la imagen animada de sus intérpretes, su visonoteca, con más de quince mil piezas diferentes.

En realidad, ninguna otra cosa podían hacer, ya que el piloto automático, asociado a todos los aparatos de alarma, deriva, interpretación de objetos espaciales, análisis de zonas densas en rayos cósmicos, etc., se encargaban por sí mismos de hacer que al astrocohete describiese la órbita prevista, de Júpiter a Urano, que habían recibido el encargo de vigilar.

La monotonía del viaje les había llevado, irremediablemente, a una depresión nerviosa; pero sabiendo qué días, horas y hasta semanas no tenían significación alguna en el interior del astrocohete, procuraban pasarlo lo mejor posible, describiendo interminablemente la misma órbita, sin pensar demasiado en el momento del relevo.

Chas soltó un terno:

—¡Otra vez me ganas!

—¿Y qué quieres que haga? La distribuidora me ha dado más puntos...

—¿No habrás dicho a Elmer que te arregle la máquina para que ganes siempre?

Cameron sonrió:

—Ya sabes que Curtis sería incapaz de hacer eso. Un hombre que, como él, se lee cincuenta libros semanales, es un despistado como un planetoide.

Curtis, que debía haber oído algo, cerró el dispositivo de proyección y se volvió hacia ellos.

Preguntó:

—¿Estabais hablando de mí?

—Chas decía que me habías preparado la «baraja electrónica» para ganar.

—¿Yo?

La cara de inocencia que puso hizo reír a los otros dos. Sorprendido. Bund cerró su aparato de audición, mirando a los dos hombres.

—¿Sabéis algún chiste nuevo?

—No — dijo Chas—. Ya te lo hemos contado todos.

—Es que Chas se enfada cuando pierde.

—¡Yo no me enfado! —repuso el jefe—. Lo que me pone frenético es esto de perder sin cesar, como si la suerte me hubiese vuelto la espalda.

Bund sonrió.

—Ya sabes aquello de «desafortunado en el juego, afortunado en...»

—... en amores. Ya lo sé; pero tampoco tengo suerte con las chicas.

—¡Parece mentira!—rezongó Curtis—. Todo un comandante de astrocohete, con un uniforme de gala que es un primor y sin una novia en cada planeta...

—Nuestro Don Juan es Bund —dijo Chas—. No hay más remedio que reconocerlo y rendirse a la evidencia.

—¿Queréis dejarme tranqui...?

No pudo terminar.

La luz roja del «llamador» sucedió a la general, que se había apagado automáticamente. Chas, que era el que estaba más cerca del cuadro, pulsó el botón de «enterado» y volviéndose a Cameron preguntó:

—¿Quieres ver lo que pasa?

Ralph empezó a andar hacia la sala de controles.

—¿Qué quieres que sea? ¡Lo de siempre! Una astronave averiada que solicita ayuda...

Salió y Chas, bostezando libremente:

—¿Dónde pensáis pasar el próximo permiso?

—Yo en Marte —dijo O'Neil, el telerrobótico—. Quiero visitar la nueva ciudad residencial que han hecho.

—Yo no sé todavía—dijo Curtis—; pero es posible que vaya a Venus. Tengo una chica allí...

Bund lanzó una alegre carcajada.

—¡Una «venusina»!

—No digas tonterías. Ya sabes que no se pueden utilizar esos nombres con las chicas... Porque, en realidad, todas las muchachas proceden de la Tierra, ya que no se han encontrado habitantes en ningún sitio más.

—¿Y eso qué? Hay miles de personas que han nacido fuera de la Tierra. ¿Digo miles? ¡Cientos de miles! ¡Millones!

—¿Y qué quieres decir con eso?

—Que si tu amor ha nacido en Venus, será, lo quiera o no, una venusiana.

—Todo lo que quieras; pero no se lo digas a ninguna. Ya sé que, al principio, hasta parecía que gustaba a la gente que les llamasen por el nombre del planeta en el que habían nacido o en el que vivían, simplemente: ¡Eh, tú, marciano! ¡Hola, joviano! Pero ahora tales palabras se toman como insulto y creo que es normal: todos estamos orgullosos de nuestra vieja Tierra.

—¡Cursilería pura!

—Lo que quieras. Yo, por mi parte...

Cameron acababa de aparecer en el dintel de la puerta.

—¡Venid todos! ¡Yo no entiendo nada! O ese tipo se ha vuelto loco o me tendréis que encerrar a mí.

Penetraron en la sala de mandos, y Cameron se acercó nuevamente al emisor-receptor.

—Oye, amigo... Vas a hacer el favor de repetir lo que me has dicho. Aquí tienes al comandante del «Rapide».

—¡Déjame a mí! —dijo Chas.

Y ocupando el lugar de Ralph:

—¿Quién llama?

La voz llegó débil, lejana:

—Soy Emerson Combler, de la base número seis de Plutón,

—Perfecto..., ¡adelante!

—Estamos perdidos, señor... Irremisiblemente perdidos.

—¿Qué ocurre?

—Todo empezó esta mañana... La base 8 dejó de comunicarse con nosotros. Nuestro jefe envió una patrulla... y ninguno de ellos volvió. Luego, cuando comunicamos con las demás bases, vimos que ninguna de ella respondía a nuestras llamadas...

—¿Sabes lo que ha pasado?

—No, señor... En nuestra base la pila atómica dejó de funcionar inesperadamente... El comandante me ordenó poner en marcha la de emergencia; pero ésta se paró a los pocos minutos de marchar normalmente... La calefacción dejó de funcionar... Yo, aterrado, logré llegar a la parte alta... y, desde allí, vi que todos mis compañeros, uno por uno, caían helados, ya que la temperatura había bajado horrendamente hasta ciento veintitrés grados bajo cero.

»Sirviéndome de un calentador individual, con la puerta automática cerrada, me puse a llamar por radio... Nadie me oía... Hasta que 1a voz del robot de su astrocohete llegó hasta mí... ¡Vengan a salvarme, señor!

—Está bien. No se mueva... ¿Sigue funcionando el calentador?

—Eso es lo terrible, señor... ¡Estoy viendo una línea roja que, desde la base del aparato, va hacia la rendija inferior de la puerta! ¡El calor se escapa, señor! ¡Se escapa!

—¡Oiga!

—Tengo frío..., mucho frío... ¡Salvadme! ¡No quiero morir!

—¡Ya vamos, muchacho! ¡Un poco de ánimo!

—¡Es inútil! Ya no siento los pies... El frío me está congelando... Ya no puedo más... ¡¡No!!

—¡Ten coraje, qué diablo!

—Es... in...ú...til... Todo se ha... ter...mi...na...do.

La comunicación cesó.

—¿No es para volverse loco? — inquirió Cameron.

Pero Chas no contestó.

—¿Cuántos hombres había en Plutón?—inquirió a su vez.

—Dos mil.

—Es una verdadera catástrofe... ¡Curtis!

—Diga, señor.

—Aumenta la velocidad al máximo. Tenemos que ir a Plutón y ver lo que ha pasado.

Volvieron a la sala y se sentaron, mientras Elmer se ocupaba de aumentar la marcha del «Rapide», dirigiéndolo directamente sobre Plutón.

—¿Qué ha podido ocurrir?

—¡Cualquiera lo sabe!

Chas cerró los puños:

—¡Pero si es imposible! Jamás cesó de funcionar una pila atómica... Su mecanismo es indestructible y no hay más que cargarla para que marche durante un par de años... Antes de que se pare por falta de fisiocombustible avisa con varias semanas de anticipación, para que se la vuelva a cargar nuevamente. ¿Habéis oído alguno de vosotros que una pila se haya parado?

—Nunca.

—¡Qué cosa más extraña! y no ha sido una sola, sino veinte; es decir, cuarenta, ya que cada base tenía dos... ¡Que me aspen si lo entiendo!

—Va a meter mucho ruido este asunto.

—¡Y que lo digas! El Gobierno del Sistema va a pedir responsabilidades por todas partes.

—Menos a los pobres de Plutón... Esos ya no pueden dar explicaciones.

—¿Hemos cogido la conversación que hemos sostenido con ese Combler?

—Seguro... El magnetofón lo hace automáticamente.

—Mejor que mejor... Será la única prueba que se poseerá para estudiar este caso.

* * *

El «Rapide» sobrevolaba Plutón.

—¿Vamos a aterrizar?— inquirió Curtis.

Chas se pasó la mano por la frente.

—No. Llevamos una pila y dos generadores atómicos en la nave... ¿Quieres que nos ocurra como a esos desdichados?

—¿Qué haremos entonces?

—Vamos a bajar Bund y yo en la nave de emergencia... Utilizaremos energía atómica para descender; pero, si por algún motivo se nos apagase la pequeña pila, haríamos funcionar los cohetes para volver.

—¿Crees que se trata de un fenómeno natural?

—Indudablemente. El que todas las pilas se hayan parado al mismo tiempo apoya esa hipótesis. En fin, ya lo veremos.

Prepararon el pequeño vehículo, al que subieron el capitán y el telerrobótico: Momentos más tarde, una de las esclusas del flanco del «Rapide» se abría y el aparato salía disparado, lanzándose velozmente sobre el planeta helado.

Conocían perfectamente la fisonomía de Plutón, donde habían estado varias veces, así como la distribución de las bases. Dirigiendo magistralmente su aparato, Bund se posó no muy lejos de la número 8.

Las bases estaban formadas por altas cúpulas de material resistente y aislante, en muchos sitios transparente, para facilitar la observación desde dentro. Dotadas de toda clase de comodidades, constituían centros de investigación y de trabajo excelentes.

La pequeña astronave se posó, blandamente, sobre la recia capa helada del suelo.

Los dos hombres se habían puesto los trajes espaciales y descendieron de la nave, avanzando rápidamente hacia la base. Conociendo el mecanismo que abría la puerta de los compartimentos estancos desde fuera, no fue ningún problema para ellos el penetrar en su interior.

Normalmente, la sala en la que penetraron hubiese cambiado el aire y la temperatura, no abriéndose la puerta que había enfrente hasta que las condiciones ambientales no hubieran sido idénticas a las que reinaban en el interior de la base.

Entonces hubiesen podido quitarse los trajes espaciales.

Pero, ahora que todos los mecanismos habían dejado de funcionar, la puerta metálica cedió fácilmente, y los dos hombres pudieron adentrarse en el interior de la base, sin quitarse los trajes, cosa que hubiesen hecho en condiciones normales.

No tardaron mucho en descubrir los primeros cadáveres.

Su aspecto no dejaba lugar a dudas. Exageradamente rígidos, dolorosamente contraídos, habían muerto helados brutalmente, sin tiempo a que sus cuerpos fueran quemados por el frío, si éste hubiese aumentado paulatinamente.

Justo, en aquel momento. Chas tropezó con uno de ellos... ¡Y el cadáver se hizo pedazos, como si se tratase de una estatua de frágil cristal!

—¡Es horrible!—dijo Bund.

—Por fortuna, no han debido de sentir la muerte. Sólo aquel desdichado que logró refugiarse, padeció la mayor tortura.

Recorrieron totalmente la base, encontrando por doquier el mismo cuadro de desolación que les había sorprendido abajo.

—Creo que debemos irnos.

—Sí.

—Es inútil que vayamos a las otras bases. Cualquiera de ellas, si funcionase, hubiera captado nuestra presencia y ya estarían en comunicación con nosotros.

Salieron, echando una ojeada última a los hombres que habían caído cumpliendo su deber y por causas completamente desconocidas.

Bund, sobre todo, debido a sus estudios técnicos, se rompía la cabeza pensando en lo que podía haber provocado aquella horrible catástrofe.

El funcionamiento de una pila atómica no tenía misterio para él; por eso, cuando ya se dirigían a la salida:

—¡Escucha, Chas! — dijo.

—¿Qué quieres?

—¿Por qué no me dejas echar una ojeada a las pilas atómicas de esta base?

—Es una excelente idea. Vamos.

Retrocedieron, descendiendo, a los sótanos. Momentos más tarde estaban ante el blindaje de las dos pilas.

Bund sacó su contador Geiger, paseándolo por la superficie de las paredes blindadas.

—Nada.

Abrió después un compartimento intermedio e introdujo el contador... Tampoco apareció reacción alguna.

—No hay radiactividad. Es extraño.

Decididamente tiró hacia sí abriendo la última compuerta y penetrando en el corazón de la pila, donde se hallaba el uranio y los conductos donde se producía la elevación de la temperatura, debido al bombardeo constante, por neutrones, entre las placas de grafito que evitaban la reacción en cadena.

Levantó la tapa del depósito de mineral radiactivo.

—¡No hay nada!

Chas, que estaba a su lado, enarcó las cejas, sorprendido.

—¿Qué significa esto?

—No lo sé... Parece imposible... Aquí debía de haber un trozo de uranio capaz de suministrar energía durante dos años... Y ha desaparecido...

—¿Y si viésemos el depósito? Porque tienen que tener reservas.

—Tienes razón.

Salieron de la pila, dirigiéndose a otra caja blindada. Bund abrió la ventanilla de seguridad e introdujo el contador.

La aguja latió con fuerza.

—¡Está intacto!

Era algo que, en verdad, no podía comprenderse.

—Si la pila hubiese gastado todo el uranio, ellos debían haberse dado cuenta, ya que el mecanismo avisa mucho antes... ¿Por qué no colocaron una nueva «pastilla» de uranio?

—Quizá porque no les dio tiempo.

—Es posible. Pero eso significa que la pila se apagó de golpe... que el uranio, en contra de las leyes físicas que rigen su desintegración, se gastó en pocos segundos.

—¿Puede ocurrir eso, O'Neil?

—Sólo si interesa producir un calor fantástico. En ese caso se acelera el bombardeo de neutrones; pero es imposible.

—¿Por qué?

—Porque la temperatura lograda, en una desintegración de segundos, sería, aproximadamente, la de una bomba atómica. Y, si tal cosa se hubiese producido, nada de esto se encontraría aquí.

—Vámonos, Bund... esto me da mala espina.

Salieron definitivamente, abandonando la base.

La pequeña astronave seguía allí; pero Bund fue el primero en percatarse de ello.

—¡Mira, Chas!

—¿Qué?

—¡Esa línea roja que sale del motor del cohete! ¡Lo mismo que nos dijo

aquel desdichado, antes de morir!

En efecto, una línea roja, que se detenía a un par de metros del aparato, salía de él, dibujándose claramente en el suelo. Pero lo más curioso era que, a su paso... ¡el hielo se abría, convirtiéndose en agua!

—¡Fíjate, Chas! ¡Es calor! ¡Calor que huye!

No se atrevieron a acercarse hasta que aquella línea se debilitó totalmente, después de pasar por un suave color rosado.

Precipitándose entonces al interior, Bund comprobó lo que ya pensaba:

—¡La pila atómica está agotada!

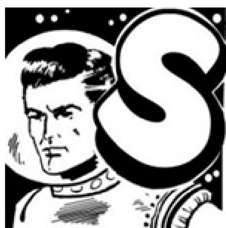
—Como en la base.

—Sí. Afortunadamente, los cohetes nos llevarán al «Rapide». De otra manera estaríamos perdidos.

Chas palideció.

—¡Vámonos cuanto antes de aquí!

CAPÍTULO II



IRVIÉNDOSE del helicóptero a reacción, Fred Holder sobrevoló el magnífico edificio que se levantaba sobre una meseta de Urano, el planeta donde su suegro había tenido la magnífica idea de construir aquel hotel, cuyo nombre iba a hacer estremecer a todos los turistas del espacio:

HOTEL TÉRMINO

Y recordó, con una sonrisa, la propaganda hábil que sería radiada por todas las emisoras del Sistema:

«¡Usted no puede llegar hasta Plutón, que está considerado como una base experimental, totalmente ocupada por equipos de investigadores...! Pero usted puede acercarse al límite real de nuestro Sistema... Usted puede ver el sol como una estrella cualquiera, un poco más brillante quizá. Usted puede beneficiarse de un viaje «al final del espacio». Para ello hemos creado el lugar más cómodo, más confortable de todos los que existen en cualquier planeta...

»El ambiente de la Tierra en el lejano Urano... ¿No le tienta ese emocionante viaje? Hasta ahora, sólo equipos de mineros fueron autorizados a trabajar en este planeta. Pero ahora, gracias al impulso decidido de un hombre como Lewis Ferguson, nuestro director, usted podrá viajar mucho más lejos de donde jamás soñó.

»¡Viaje a Urano! ¡Venga con nosotros y podrá decir a sus amistades que estuvo donde nuestro Sistema termina, al borde del infinito!

Una excelente propaganda, en efecto.

Fred Holder recordaba los tiempos estrechos en Júpiter, cuando era un simple técnico en las instalaciones hidropónicas del planeta gigante. Allí conoció a Lidia, una hermosa «turista», que viajaba con un padre cien veces millonario.

—¡Fue una suerte!—se dijo en voz alta.

El helicóptero se posó suavemente sobre una de las terrazas. Casi inmediatamente un descensor, sobre el que se había posado, lo devoró,

haciéndolo penetrar en el cálido ambiente del hotel.

Cuando la cámara hubo purificado el aire y la luz azul se encendió sobre una de las paredes, comunicándole que podía salir, Fred, sonriente, abandonó el ambiente condicionado del helicóptero, encendiendo un cigarrillo al tiempo que se dirigía a la puerta de entrada.

La suntuosidad del interior le llamó la atención, como solía ocurrirle siempre, a pesar de vivir allí desde hacía tiempo.

Una agradable temperatura reinaba por doquier. Sobre las mullidas alfombras, andar era un verdadero placer, como también lo era respirar el aire puro que proporcionaban los sistemas de aireación automáticos.

Momentos después penetraba en sus habitaciones particulares, donde encontró a su esposa ante el aparato de televisión.

—¡Hola, querida! —la saludó, besándola.

Ella le devolvió el beso.

—¿Qué tal el paseo? — inquirió ella, cerrando el aparato.

—Excelente... Seguro que nuestros próximos clientes saldrán satisfechos de todo lo que les enseñaré.

—Papá hizo muy bien encargándote de ese trabajo.

—¿Dónde está ahora?

—Ha ido al Anexo-8... — Y frunciendo el entrecejo—: Parece ser que aquella pila atómica marcha mal.

—Tuvo razón tu padre al colocar las pilas en los anexos, lejos del hotel.

—¿Por qué?

—Porque la gente, a pesar de las seguridades que hoy existen, siguen temiendo las radiaciones... Ya sabes que los pocos accidentes que ocurren corren como reguero de pólvora.

—Es verdad.

—Teniéndolas lejos, ningún cliente podrá decir nada, ¿Y si almorzáramos, querida?

—¿No podemos esperar a papá? No creo que tarde en llegar.

—Bien. ¿Qué había en la televisión?

—Nada de particular. Se ve bastante mal... Emiten desde Júpiter; pero, como ya sabes, no han conseguido perfeccionar la visibilidad... Era un programa agrícola, de los centros hidropónicos.

Fred se estremeció; luego, montando en cólera, censuró:

—Quieres recordarme mi pasado, ¿verdad?

—¿Yo?

—No hace falta que disimules... ¡Siempre haces algo para dañarme, como si quisieras que no olvidase que te debo la comodidad de que disfruto!

—No debieras hablar así, querido.

—¿De qué otra manera puedo hacerlo? Ya sé que cuando me conociste era un pobretón, un Don Nadie; pero ¿es ése motivo para que insistas tan constantemente en recordármelo?

—Eres cruel, Fred... Nunca me pasó por la cabeza cosa tan horrible. Jamás pensé en tu pasado de una manera que me hiciera verlo bochornoso e inferior. Todo lo contrario: siempre bendije el día que fui a visitar aquellas instalaciones...

—No sé, no sé...

—¿Por qué estás tan nervioso, querido? Tú sigues siendo el mismo para mí. En cuanto a papá, no creo que tengas ninguna queja hacia él.

—Me trata demasiado fríamente...

—Y es natural. Los padres tienen sus proyectos, y el mío estaba encantado con Bund O'Neil...

—¡No le nombres!

—¿Vas a estar celoso? ¡Dios sabe dónde se encuentra!

—Sí, ya me sé la historia de memoria... Estudiaba en Venus, en el Centro de Telerrobótica... era un muchacho excelente, con un porvenir magnífico, lleno de entusiasmo... y tremendamente enamorado de ti... Tu papá le apoyaba cuanto podía y estaba dispuesto a que siguiese estudiando hasta hacerse ingeniero... Luego, cuando se enteró de nuestras relaciones, abandonó los estudios y se alistó en la Flota de Control Espacial... ¡Muy romántico! ¿No te parece?

—Te torturas tú mismo, Fred.

—¡No, no me creas tan estúpido! ¡Conozco la verdad!

Ella le miró, sorprendido.

—¿Qué verdad?

—¡La tuya! Nunca dejaste de pensar en Bund, ¿verdad? ¡Lo leo en tus ojos! Cuando tu papaíto habla de él, cosa que suele hacer casi a cada momento, veo que tus ojos se animan y se ponen a brillar con mayor intensidad... ¿O es que me has tomado por un estúpido?

Ella estaba francamente horrorizada.

—¿Cómo puedes ser tan maquiavélico? — inquirió, con una punta de cólera en la voz—. ¿No te das cuenta de que al decirme esas cosas me empujas a pensar en una persona a la que sólo considero como un buen amigo? Para mí, Bund O'Neil no significa más que eso, un recuerdo agradable de una amistad sin complicaciones,

—¿Mi amor es complicado, no es eso lo que quieres decirme?

—¡Sí! Tú mismo lo haces complicado, difícil, convirtiendo lo que debía ser un maravilloso placer en algo muy cuesta arriba...

—¡Naturalmente! Yo no soy ninguna inteligencia privilegiada... ¡Un sencillo perito hidropónico! ¡Un agricultor disfrazado de limpio!

—Tú mismo te deshaces... ¿A qué viene todo esto?

La entrada de Lewis Ferguson cortó, afortunadamente, aquella desagradable conversación.

—¡Hola, hija!

Y saludó al yerno, con un gesto amistoso.

—¿Se ha arreglado lo del anexo, papá?

La frente del anciano se cubrió de arrugas.

—No, Lidia... La pila se ha apagado por completo... Es algo inexplicable. Porque el Uranio se ha consumido de golpe, desintegrándose en pocos minutos.

—¿No es peligroso eso? — intervino Fred.

—Debía haberlo sido. Ahí está el problema... La desintegración masiva del uranio debía haber provocado una explosión; pero no ha ocurrido nada de eso.

—¿Qué dice el ingeniero?

Lewis se encogió de hombros.

—Sabe lo que nosotros... No puede explicar lo ocurrido... ¡Lástima que O'Neil no esté por aquí!

Fred se mordió los labios; pero no dijo nada.

—Él tampoco podría hacer nada, papá —dijo la muchacha, que no dejaba de mirar a su marido—, Bund no es ingeniero.

—Es igual... tiene ideas propias y sabe mucho más de lo que él mismo se imagina.

El visófono vibró enérgicamente, y Fred, que era el que estaba más cerca del aparato, se acercó, apretando el botón que hacía que la pantalla se encendiese.

Reconoció el rostro de Vilver, el jefe de las instalaciones mineras.

—¡Hola, Fred!

—¡Hola!

—¿Está su padre político por ahí?

—Sí, está aquí.

Y volviéndose:

—Es Vilver, padre.

Lewis se acercó a la pantalla y el rostro del otro se animó:

—¡Tiene que echarnos una mano, señor Ferguson! ¡Estamos en un apuro grave!

—¿Qué pasa?

—Todas las pilas de nuestras instalaciones están dejando de funcionar. Los hombres van a morir helados...

—¿Y qué puedo hacer?

—¡Déjeme que conecte mis cables con dos de sus anexos; en cuanto hayamos reparado la avería, devolveremos la conexión!

—Bien, puede hacerlo. Pero quiero decirle que el asunto es más grave de lo que parece: mi anexo número 8 ha dejado de funcionar.

—¿Eh?

—Como lo oye.

—Pero, ¿qué demonios pasa?

—No lo sé. Y creo que no haríamos mal enviando un mensaje a Júpiter.

—Voy a hacerlo en seguida; es decir, cuando tenga energía... Estamos resistiendo con pilas supletorias, eléctricas... ¡Los hombres están ateridos de frío!

—Conecte con los anexos que quiera. Voy a llamar donde sea.

Cortó el visófono y se precipitó fuera, seguido por Fred, hasta llegar a la sala de comunicaciones.

El empleado se levantó, educadamente.

—¡Prepare un mensaje, Leo!

—Sí, señor. Ya puede empezar...

—Intente establecer contacto antes...

Leo manejó hábilmente los potentísimos aparatos. Al cabo de unos

instantes, la comunicación estaba establecida.

—Aquí, Urano... ¿Quién a la escucha?

La voz llegó lejana, pero muy clara.

—¡Comandante del «Rapide» al habla! ¿Ocurre algo grave?

—Un momento — se volvió hacia el director—. Tenemos comunicación con un patrullero, señor. No debe de andar lejos de aquí.

Lewis se acercó al micrófono.

—¿Quién al habla?

—Comandante Otler, Chas Otler, señor...

—Soy el director del Hotel Término, en Urano... Nos ha ocurrido un percance con una pila atómica

—¡¡No!!

—¿Qué le pasa, comandante?

—¿Dice que una pila ha dejado de funcionar?

—Eso he dicho.

—¿Y que el uranio se ha consumido de golpe?

—¿Cómo lo sabe?

El otro no contestó directamente.

—¡Escuche, señor! Debe salir inmediatamente de ahí, con todo el personal, abandonando el planeta.

—Pero...

—Nosotros venimos de Plutón... Todas las pilas dejaron de funcionar y los hombres murieron helados.

—¿Pero no hay manera de...?

—¡No hay ninguna solución, señor! Cojan las astronaves y lárguense en seguida, mientras estén a tiempo.

—¿Astronaves? No hay ninguna en este momento...

—¿Cómo? ¿No tienen ningún medio de escapar? ¿Y los mineros?

—Me acaban de decir que todas sus pilas no funcionan.

—¡Maldición!

Hubo un silencio, después:

—¿Cuántos son ustedes?

—Cinco en total... Nosotros tres, el radio y el ingeniero...

—¿No hay más personal en el hotel?

—No. El servicio está garantizado por robots.

—¡Bien! Resistan lo que puedan... Vamos a ir a por ustedes...

—¿Está usted seguro de que la gravedad...?

—¡Hágame caso y prepárense! La cosa es más grave de lo que parece. Llegaremos, a toda máquina, dentro de una hora...

—Gracias.

—Corto.

Un prolongado silencio cayó sobre ellos; después, el anciano, con voz ronca, aconsejó:

—Vamos a prevenir a Lidia. Usted, Leo...

—¿Diga, señor?

—Permanezca aquí unos instantes, por si el comandante del «Rapide» comunicase... Luego venga a reunirse con nosotros.

—Gracias, señor.

Salieron, llegando después a la estancia donde se hallaba la muchacha.

—Prepara tus cosas, pequeña; nos vamos.

—¿Nos vamos?

—Sí. Hemos de abandonarlo todo.

Y explicó a la joven la conversación que había tenido con el comandante de la astronave de patrulla.

—No tardarán en llegar— añadió—. Y hay que estar preparados para no hacerles perder tiempo.

—¡Es horroroso!

El visófono llamó de nuevo.

Esta vez, Lewis llegó antes que Fred al aparato, apareciendo en la pantalla el rostro descompuesto de Vilver.

—¡No hay nada que hacer, señor Ferguson!

—¿Qué pasa ahora?

—He conectado con dos anexos... Todo iba bien; pero, a los pocos minutos, las pilas de los anexos dejaron de funcionar... Hemos visto unas líneas rojas en el suelo. Uno de mis hombres se ha quemado gravemente al

pasar por encima... ¿Qué diablos significa todo esto?

—No lo sé. ¿Tienen alguna astronave disponible, Vilver?

—No... Hasta el mes que viene no llegarán las del relevo. ¿Por qué dice usted esto de las astronaves?

Lewis se mordió los labios.

—Por nada.

—¿Y qué vamos a hacer?

—No lo sé, Vilver.

—¡Mis hombres están muriendo!

—¡Hágalos venir al hotel! Mientras podamos resistir aquí...

—¡Gracias! ¡Lo haré!

—¿Por qué les ha dicho que viniesen? — inquirió ásperamente Fred—. En la astronave no habrá sitio para todos.

Ferguson miró a su yerno, con desprecio:

—No llegarán jamás... Es demasiado tarde... Todos los vehículos de los mineros funcionan con pilas atómicas de tamaño reducido. Y si las grandes han cesado de funcionar... ¡Vaya situación desesperada!

—¡Pobre gente!—musitó la joven.

—Acabarán como la gente de Plutón. Y como nosotros hubiésemos terminado, a no ser por la generosidad de ese comandante Otler.

—¿Tardarán en llegar? — inquirió Fred.

Lewis le miró.

El rostro de Holder estaba blanco y sus manos temblaban nerviosamente.

«Estoy seguro — pensó amargamente el anciano— de que no dudaría en dejar a Lidia aquí, si no hubiese más que una plaza en el astrocohete.» Luego, en voz alta, dejando de mirar al joven: —No creo que tarden mucho... —dijo.

CAPÍTULO III



AMERON hizo que la astronave realizase la órbita mínima y más directa para aproximarse al planeta. Se había dado cuenta de que el tiempo urgía y logró un aterrizaje perfecto en las proximidades del fantástico edificio espacial que era el hotel.

—¡Bund!

—¿Qué hay?

Era el comandante del «Rapide» quien le habia llamado y O'Neil, que verificaba algunos mecanismos de proa, se acercó a su jefe.

—Coge el «teleoruga» y trae a esa gente... No permitas que se entretengan ni un solo instante. Cuando antes abandonemos esta zona, mejor.

—De acuerdo.

Pasó a la cámara, donde estaba el teleoruga, un vehículo rápido y seguro, con un caparazón completamente transparente y motor eléctrico, por acumuladores. Una vez dentro, pulsó el botón fotoeléctrico que abría la puerta y echaba la rampa, descendiendo por ella, momentos más tarde y acelerando hacia el edificio que se destacaba a lo lejos,

Al llegar a la entrada, la puerta se abrió por sí sola, como ocurría con todas las instalaciones de fuera de la Tierra, donde el ambiente era adverso a los terrícolas y era, por ende, necesario pasar por una cámara, compartimento estanco, donde se realizaba el cambio atmosférico y de presión, poniéndose de acuerdo con el organismo humano.

Cuando el ambiente normal se hizo en la cámara, una nueva puerta se abrió y Bund, que ya había descendido del vehículo, penetró en la casa, encontrando a sus habitantes en el vestíbulo, ya que habían visto el teleoruga y habían salido a recibirle.

O'Neil, que se había quitado el casco espacial, se quedó helado al ver a Lidia y a su padre... así como al hombre que, sin ningún género de dudas, había sido su afortunado rival.

—¡Bund!—exclamó Lewis, sin poder contener su alegría—. ¡Gran Dios! ¡Si parece imposible!

El joven estrechó la mano de Ferguson, inclinándose ante Lidia:

—¡Hola! —saludó.

Ella, presa de una emoción que luchaba por dominar, dijo, con voz cortada:

—Te presento a mi esposo, Bund: Fred Holder.

El telerrobótico estrechó la mano que Holder le tendía:

—Encantado.

—Igual digo.

Después, volviéndose a Ferguson, aconsejó:

—Debemos salir en seguida, señor.

—Podernos irnos.

El ingeniero y el «radio» se unieron a ellos junto a la puerta de salida, montando todos en el teleoruga, que salió, momentos después, del interior del edificio.

Y fue justamente entonces cuando un diminuto helicóptero apareció ante ellos, vibrando el altavoz del vehículo, a instancias de una voz donde asomaba la ansiedad:

—¡Esperen! ¡No me dejen! ¡Todos mis obreros han muerto! ¡Quiero ir con ustedes!

—¿Quién es? — inquirió Bund.

—Vilver, el director de las minas...

—¿Qué vamos a hacer con él? — explotó Fred sin poderse contener—. Estamos justos para la astronave y ese...

Bund se volvió, sorprendido. Y con voz seca reconvino.

—Por favor, míster Holder, no es usted quien tiene que preocuparse por estos detalles. Ya lo hará nuestro comandante.

Y acercándose al micrófono:

—Síganos hasta el astrocohete, por favor...

—¡Muchas gracias!

El resto del viaje se hizo dentro del mayor silencio. Una nota amarga flotaba en el ambiente.

Y Bund, interiormente, se preguntaba si aquel joven egoísta había sido capaz de hacer feliz a Lidia.

No se atrevía a mirarla, pero se prometió, en la primera ocasión que

tuviese, de preguntarle sinceramente lo que ocurría entre ellos. Y si aquel Holder de todos los demonios la estaba haciendo desdichada...

La llegada a la astronave cortó el hilo de sus ideas pesimistas. Abrióse la compuerta, se normalizó el ambiente y descendieron todos, guiados por O'Neil, que los llevó a un salón.

—Esperen un momento. Voy a hablar con el comandante.

Lo encontró en un pasillo, ya cerca de donde había dejado a los nuevos y forzosos pasajeros.

—Espera, Chas.

—¿Qué hay?

—¿Has visto el autogiro?

—Justamente iba a preguntarte de qué se trataba.

—Es el director de las minas... Todos sus hombres han muerto... Habrá sitio para él, ¿verdad?

—Un poco justo. Y ya sabes por qué: la astronave ha sido calculada para un número concreto de personas... Pero, en fin, le daremos cabida. No podemos dejarlo ahí afuera.

—Oye, Chas.

—¿Algo más?

—Quiero decirte algo que deseo que sepas.

—Tú dirás.

—Ha sido una verdadera casualidad, pero la joven, es decir, la señora que viene con nosotros era, precisamente, la que iba a casarse conmigo.

—¿La de Venus?

—Sí.

—¿Y el marido?

—Viene con ella. También el padre de Lidia.

—Lindo nombre... Y bien, mi querido Bund, ¿a qué viene todo esto?

—Pues... quisiera que no se dijese nada de... mis... ¡en fin, de mis falsas aventuras amorosas!

—¿Con qué esas tenemos, eh? ¡Contando «trolas» a los amigos y haciéndose pasar por un Don Juan!

—Quería olvidar, Otler.

El comandante sonrió:

—Lo comprendo, muchacho. Se lo diré a los otros. No pases cuidado... ¿Quieres ocuparte de ese tipo del helicóptero?

—Sí.

Sonriendo, Chas siguió su camino y penetró en el salón donde se encontraban los pasajeros.

—Me llamo Chas Otler —dijo, estrechando las manos que le tendían —y soy el comandante de este astrocohete. Estoy encantado de conocerlos, aunque lamento que haya sido en estas circunstancias... Mis propósitos son los de conducirlos hasta Júpiter, ya que, como saben, la reglamentación del Sistema prohíbe llevar a nadie a la Tierra sin permiso especial.

Contestó Lewis:

—Le quedaremos muy agradecidos de todos modos, señor Otler. Tenemos amigos e intereses en Júpiter, donde podremos esperar hasta que este desagradable asunto se arregle.

—De acuerdo. También quiero decirles que, por la natural falta de espacio, esto es una nave militar de patrulla espacial, tendrán que hacer la vida en esta estancia. No obstante, cedo, con mucho gusto, mi cabina a la señora que, evidentemente, no podría quedarse aquí, con ustedes.

—¡Yo soy su marido!

Chas sonrió, pensando en Bund:

—Muy señor mío... Pero, lamentándolo mucho, me es imposible cederle otra cabina. Por otra parte, la que cedo a su esposa es muy reducida y ha sido calculada para una sola persona.

—Comprendo — gruñó Fred—. Muchas gracias, comandante.

—De nada. Acomódense a su gusto, señores. Usted, señora, tenga la amabilidad de esperar un poco, mientras ordeno algo mi cabina. Usted sabrá dispensarme, pero debe reconocer que un hombre soltero no brilla, precisamente, por lo ordenado de sus cosas.

—Gracias, señor.

* * *

Había pasado, un centenar de veces por lo menos, ante la cabina de Chas, donde ahora se albergaba Lidia; pero, cada vez, incluso aquellas en que llegó a apoderarse del pomo de la puerta, logró encontrar en él el suficiente valor para enfrentarse con una realidad que se había ido convirtiendo con el tiempo en un maravilloso recuerdo.

Justamente aquel día, cuando ya no faltaban más que dos para llegar a Júpiter, se detuvo, como tantas veces, acariciando el pomo de la puerta. Y en aquel preciso instante, la puerta se abrió.

—¡Oh!

Ella se llevó la mano a los labios, reteniendo la exclamación que, a pesar de todo, salió de ellos. Él, anonadado por la sorpresa, perdió el don de la palabra y la confianza en sí mismo.

—¿Querías verme, Bund?

—Pues... sí.

—Pasa.

—¿A tu cabina?

—¿Por qué no? ¿Qué mal ves en ello?

La sonrisa de la joven le desarmó.

—Perdona, Lidia. Me estoy comportando como un estúpido.

Y una vez dentro, sentados frente a frente:

—He estado muchas veces ante la puerta, Lidia, sin atreverme a llamar, creyendo que yo... pues, verás...

Ella acentuó su sonrisa:

—Siempre fuiste tímido, Bund. Muy tímido. Veo que sigues igual y eso me hace recordar otros tiempos que, a pesar de todo, no he podido olvidar.

—¿Es verdad, Lidia?

—Sí. Pero eso no quiere decir, Bund, que mi matrimonio haya sido un fracaso, ni que haya dejado de querer a mi marido.

—Nunca pensé en eso, amiga mía.

—Muy bien.

Y después de una pausa, él, con vehemencia, confesó:

—Ya sabes, Lidia, que mi deseo ha sido siempre el que seas feliz. Y, hablándote francamente, he de decirte que me pareció, durante unos momentos, que tu padre me significaba...

—Eso es distinto — replicó ella interrumpiéndole —. Papá sigue creyendo que eras tú el hombre que me convenía. Yo también lo he pensado muchas veces; pero ahora es demasiado tarde. Por otro lado, no creo que sea conveniente que sigamos esta conversación. —Y sonriendo—: ¡Háblame de ti, Bund!

—¿Qué puedo decirte?

—¿Estás contento en el puesto que ocupas?

—Sí. Mis compañeros son excelentes y el sueldo es alto; pero el ansia de ser ingeniero me persigue en todo momento... sobre todo, ahora...

—¿Por qué precisamente ahora?

—Porque quisiera resolver el problema de las pilas atómicas. Desde que fuimos a Plutón, no dejo de darle vueltas al asunto... ¡Daría cualquier cosa por poder estudiarlo a fondo!

—¿Tienes alguna idea?

—Ninguna; es decir, muy poca cosa. Indudablemente, para que se produzca esa tremenda pérdida de calor, es necesaria la existencia de un factor desconocido, algo que se apodere de ese calórico... Las rayas rojas que parecen salir de las pilas atómicas, antes de que éstas se descarguen, demuestra, evidentemente, que el calor «se va»; pero ¿hacia dónde?, ¿por qué?

—Lo grave es que el fenómeno se ha extendido mucho.

—Ya lo sé. Y no creo que Urano sea el último planeta afectado. Eso me hace pensar en que nuestro Sistema está atravesando una zona donde el calor se pierde, pasa al cosmos, como si la ley de la entropía hubiese sufrido un trascendental cambio.

Hubo una pausa.

—Si eso es cierto — y la voz del joven había adquirido un tono de gravedad que asustó un poco a Lidia—, todo el calor de los planetas puede emitirse y perderse, cosa que sería suficiente para hacer desaparecer la vida del Sistema...

—¿Tú crees?

—Sí. Porque, avanzando hacia el centro, ese fenómeno llegaría hasta el sol... apagándolo.

—¡Es horrible!

Bund sonrió, mirando tiernamente a la muchacha:

—No debes tomar mis palabras al pie de la letra, Lidia. No son más que hipótesis y, he de admitirlo, un tanto pesimistas... No, no creo que se trate de un fenómeno entrópico, porque los hombres han podido sobrevivir, sin que su calor orgánico desapareciese por la causa directa que apagó las pilas.

—¿Qué quieres decir?

—Que si se tratase de un trastorno general de la entropía, todo el calor, incluso el de nuestro cuerpo, saldría de nosotros mismos, irradiándose al cosmos. Lo que observamos en Plutón demuestra que el fenómeno se ubicó en

las grandes fuentes de calor, ya que nosotros pudimos salir del planeta utilizando los cohetes que, después de todo, también son fuentes caloríficas.

Esto quiere decir que se trata de un fenómeno especial, muy peligroso, eso es cierto, pero que puede combatirse... ¡Lástima que no pueda estudiarlo ampliamente!

—¿Por qué no?

—Porque debo seguir en el «Rapide». Todos nosotros hemos firmado un contrato, que podemos rescindir, es cierto, pero pagando una suma elevada al capitán: cerca de doscientos mil dólares.

—¿Para qué se hace eso?

—Para evitar deserciones en masa... Esa suma tarda en reunirse, aproximadamente, tres años, sólo uno menos de la duración del contrato, que es de cuatro.

—No son tontos, ¿eh?

—Hacen bien. Los astrocohetes se detienen en muchos sitios que, por sus cualidades, pueden atraer a los astronautas. El descubrimiento de una mina, por ejemplo... Todo eso se evita con la fuerte fianza que el capitán exige de los miembros de la tripulación que quieren liberarse.

—¿Y él?

—¿Quién, el capitán?

—Sí.

—No puede abandonar el cohete de ninguna manera.

—¿Por qué?

—Porque sería perseguido por la Policía Espacial y condenado a muerte allá donde fuese encontrado. El comandante es el responsable directo de la nave. Y un astrocohete como el nuestro vale una verdadera fortuna.

—Comprendo.

En aquel momento llamaron a la puerta con unos ligeros golpecitos.

—Debe de ser Chas — dijo O'Neil—. He estado demasiado tiempo aquí.

—¡Pase! — gritó la joven.

Se abrió la puerta y Fred Holder apareció en el umbral.

Su mirada se encontró con la de Bund y su entrecejo se frunció intensamente.

—¿Qué hace usted en la cabina de mi esposa, señor O'Neil? —inquirió con voz áspera.

—Bund estaba... — intentó decir la joven.

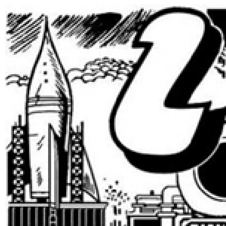
—¡No te he preguntado a ti! —gruñó Fred—. Y usted, señor mío, haga el favor de abandonar esta cabina. Además, le prohíbo que se dirija a mi esposa, sea cualquiera el motivo... Yo estoy siempre dispuesto... —la voz se hizo burlona e hiriente—a escuchar sus delicadas palabras.

Bund cerró los puños, dispuestos a dar una lección a aquel mentecato; pero la mirada de Lidia era tan explícita como una súplica verbal.

Atravesó la cabina y cerró la puerta de un portazo.

Estaba plenamente convencido, sin ningún género de dudas, de que aquel estúpido estaba haciendo infeliz a Lidia.

CAPÍTULO IV


LEGARON a Júpiter.

Posándose en uno de los espaciódromos construidos en el planeta gigante, el «Rapide» fue acogido por las autoridades, que ya habían recibido los informes que Chas les había enviado.

El gobernador de Júpiter, Harol Pilman, procuró, antes que nada, poner a la disposición de los ilustres viajeros del «Rapide» un medio móvil para que los Ferguson pudiesen ir a uno de los edificios que Lewis tenía en el planeta. Antes de separarse de la tripulación del astrocohete, el viejo Ferguson se dirigió a Chas:

—Comandante, no quiero darle las gracias ahora. Le espero, con su tripulación, en mi casa antes de que se vaya de aquí. Le ruego que me prevenga... quiero invitarles a todos y pasar unas horas agradables en su compañía.

—Iremos, señor Ferguson, y muy agradecido, en nombre de todos.

—Soy yo el agradecido.

La despedida de Bund fue mucho más fría, a pesar del vigoroso apretón de manos que recibió de Lewis; pero, ante la pareja, se limitó a inclinar la cabeza, sin atreverse a mirar a Lidia, cuyos ojos ofrecían un cerco morado inquietante.

Harold se apoderó materialmente de la tripulación del «Rapide» y después de permitir que Chas diese instrucciones a los hombres del espaciódromo para cambiar la reserva de la pila atómica y limpiar la coraza de la nave, se los llevó a su Estado Mayor, una enorme cúpula transparente que estaba a una docena de millas del espaciódromo.

Allí se instalaron cómodamente.

Ofreció licores y cigarrillos en su cómodo despacho. Luego, dirigiéndose a Chas:

—He recibido instrucciones para que se dirija inmediatamente a la Tierra, comandante Otler. El encargado de Asuntos Físicos del Sistema, profesor Burton, le espera con impaciencia.

—¿Qué dice el Gobierno del Sistema?

—Están preocupados; pero no se atreven a hacer nada hasta que hayan obtenido de usted una información completa. Es posible, según creo, que le esperen en Marte.

—¿Por qué no han llegado hasta aquí?

Pilman sonrió.

—¿Sabe que hemos evacuado las instalaciones de Saturno?

—¿Hubo «enfriamientos» allí?

—Sí. Se iniciaron en la región de Molster, ya sabe usted, la más importante de todas; pero, por fortuna, ya estábamos sobre aviso y las astronaves sacaron a casi todo el personal...

—¿A... casi todo?

—Por desgracia once astrocohetes no pudieron despegar del suelo de Saturno; sus pilas atómicas habían dejado de funcionar.

—Eso es lo que yo temí al aterrizar en Plutón; por eso utilizamos un cohete biplaza.

—Bien hecho. Creo que habremos de cambiar el medio impulsor de todas nuestras astronaves...

—¡Pero eso será un trabajo enorme!

—¿Y qué podemos hacer? Cuando recibimos sus primeros informes creíamos que ese fenómeno no afectaba más que a las grandes pilas atómicas; pero lo sucedido en Saturno nos demuestra que ese misterio cósmico ataca a cualquier fuente calorífica de tipo nuclear.

—Así es.

—¿Se da usted cuenta de la gravedad del problema, comandante?

—Perfectamente, señor.

—Fíjese bien que la muerte cósmica, augurada por los más eminentes físicos, entrevía, ya el enfriamiento de nuestro Sistema; pero todas esas hipótesis partían del hecho de que nuestro sol fuese convirtiéndose en una estrella gigante, perdiendo su energía... Ahora resulta que el calor es robado desde fuera, lo que quiere decir que no será el sol el responsable del final del Sistema, sino su más importante víctima.

—No creo que eso ocurra...

Harold y Chas miraron a Bund, que era el que se había atrevido a hablar.

—Es mi telerrobótico— aclaró Otler, como si desease justificar aquella intromisión—. Estudió para ingeniero...

Harold sonrió con evidente benevolencia, preguntándole a continuación:

—¿Y usted cree que nuestro sol no será afectado, señor...?

—Me llamo Bund O'Neil, excelencia... No, no creo que eso ocurra.

—¿Por qué?

—Muy sencillamente: ese «enfriamiento» súbito ha empezado en Plutón, lo que hace pensar en que ha llegado de fuera de nuestro Sistema.

—Eso nadie lo duda.

—Bien. La pérdida brusca de calor se realiza siempre por una especie de atracción hacia las fuentes que producen esa clase de energía. Ahora bien, si se tratase de un fenómeno general... ¿por qué no se habrían apagado los volcanes de Urano? Nosotros estuvimos allí y, cuando sobrevolábamos el planeta, a baja altura, antes de posarnos en el suelo, pude ver que los dos volcanes: «Etna» y «Vesubio», bautizados así en recuerdo de sus predecesores terráqueos, seguían en actividad, aunque la casi totalidad de pilas atómicas del planeta estaban ya apagadas.

—¿Y qué le hace pensar todo eso?

—Que se trata de un fenómeno «local», «limitado», capaz de apoderarse de una «cierta cantidad de calor»...

Harold no pudo impedir una sonrisa:

—¿Y cree que el calor de una bomba atómica, que es el contenido de una «pastilla» en una pila, es inferior al de cualquier volcán?

—Indudablemente.

—¿Ha perdido usted el juicio?

—No lo creo, Excelencia. Lo que ocurre es que ninguna explosión atómica se ha producido...

—Pero la cantidad de uranio...

—...ha sido absorbida poco a poco.

—¡En unos cuantos segundos!

—Ya lo sé; pero esos segundos, cinco o diez, o los que sean, significan una enorme cantidad de tiempo si lo comparamos con el que tarda en producirse la explosión de una de esas bombas... ¡Millonésimas de segundo! Es evidente que la desintegración de la «pastilla», en el caso que nos ocupa, es rápida; pero, de todos modos, no lo suficiente para que se realice una explosión en cadena.

—No estará usted intentando hacerme creer que ese robo de calor se hace de una manera inteligente, ¿verdad?

—No, señor; lo que intento es demostrarle que el «robo», como usted dice, se efectúa dentro de unos límites y que jamás podrá poner en peligro nuestro sol, donde las temperaturas corresponden a las explosiones del hidrógeno.

—Todo eso es muy interesante, en efecto; pero no pasa de ser una mera hipótesis.

—Así es, Excelencia; pero ¿qué otra cosa puede ofrecérsenos ahora? Hasta que no se conozca el origen de ese fenómeno, todo serán teorías más o menos lógicas.

Harold quedó pensativo.

—Es posible que sus teorías, mi joven amigo, tengan mucho de cierto. De todos modos, vamos a adjuntarlas a los informes generales que llevará a la Tierra el «Rapide». ¿No le parece bien, comandante Otler?

Chas asintió:

—Creo que no estaría mal.

* * *

—¿No vienes, Bund?

—No, Chas. Te ruego que me excuses... Di a míster Ferguson que estoy algo indispuesto.

Otler le miró fijamente.

—¿Qué te ha ocurrido con ella, Bund?

—Nada.

—Tu situación no es nada agradable, muchacho... Yo comprendí, desde el momento en que vi al marido, que esa joven se había equivocado. Y es que nos fiamos demasiado de la intuición, del «flechazo»...

—¡Ella no puede quererle, Chas!

—¿No crees que exageras?

—¡No! Conozco perfectamente a Lidia y sé su manera de ser. Ella deseaba un hombre que llenase completamente su vida, alguien que pudiese dar un sentido a su existencia, alguien...

—¿Como tú, Bund?

—Yo no he dicho eso, Chas. Pero ese Holder me hace el efecto de haber mirado más a los millones del suegro que a la joven con la que iba a casarse.

—Eso me ha parecido a mí.

O'Neil frunció el entrecejo.

—Fue algo inevitable, Chas. Yo no quería comprometerla hasta que no fuese ingeniero. Deseaba ser digno de ella, mostrarme no como un hombre atraído por la vida fácil que ella podía procurarme, sino como alguien que estaba muy por encima de su dinero, lejos de la materialidad de sus riquezas, enfrascado en problemas mucho más altos. Después, cuando me enteré de su compromiso, me desmoralicé. Ya no tenían objeto mis esfuerzos que, después de todo, iban dirigidos a ella... Por eso me alisté.

—Hiciste mal. Ahora lo veo. Tienes madera de ingeniero y has desperdiciado un tiempo precioso.

—¿Qué importa ya?

—¡Eso es lo que tú crees! ¿No te das cuenta de la necesidad que tiene el Sistema de hombres capaces de resolver los problemas que se vayan presentando? Estoy completamente seguro de que si pudieses dedicarte a fondo, terminarías descubriendo el misterio de las pilas atómicas.

—¡Exageras mis méritos, Chas!

—No. Te conozco lo suficiente para valorarte en su justo punto. En fin, ya que no vienes a casa de los Ferguson, haré lo que me dices: te justificaré.

—Gracias.

—Adiós.

El teleoruga llevó a la tripulación del «Rapide» al fastuoso edificio que Lewis poseía en Júpiter. Todo estaba profusamente iluminado y un grupo de servidores servía a los numerosos invitados que Ferguson había llamado a su finca, deseoso de mostrar públicamente su agradecimiento a los astronautas.

Los recibió personalmente.

—¿Y O'Neil?— inquirió al notar su ausencia.

—Me ha rogado que le excusase, señor. No se encontraba bien.

Lewis frunció el entrecejo.

—Comprendo — se limitó a decir.

Fueron conducidos a uno de los salones, en los que Lidia, más hermosa que nunca, acudió a su encuentro.

—¡Bienvenido, comandante!

Saludó a todos y torció el gesto al ver que faltaba uno.

—¿No ha venido míster O'Neil?

—Estaba indispuesto.

—¡Ah!

Nada más se dijo y la fiesta dio comienzo momentos más tarde. Pero después del banquete Lewis procuró llevarse al comandante a una de las terrazas, con jardines hidropónicos artificiales.

—Siéntese, comandante.

—Gracias.

El anciano sacó la cartera, poniendo un fajo de billetes sobre la mesita que había entre ellos.

—Aquí tiene quinientos mil dólares, míster Otler.

—No comprendo.

—Se lo explicaré en seguida: trescientos mil son para la tripulación del «Rapide», un pequeño signo de agradecimiento.

—Pero...

—Hágame el favor de aceptarlos, señor. Es muy poco, comparado con lo que ustedes hicieron con nosotros.

—Cumplimos con nuestro deber; eso es todo.

—Bien, bien... Vuelvo a rogarle encarecidamente que acepte este pequeño testimonio de gratitud.

—Si usted insiste; pero ha dicho usted trescientos mil y aquí hay quinientos mil.

—Los otros doscientos mil son para liberar a Bund O'Neil.

—¿Eh? ¿Cómo sabe usted?

Lewis sonrió.

—¿No es la cantidad que ha de entregar para poder abandonar la astronave?

—¿Qué se propone usted, señor Ferguson?

—Convertirle en lo que debía haber sido: un ingeniero.

Hubo un corto silencio; después Chas confesó:

—No lo aceptará.

—¿Por qué?

—¿Para qué andarnos con rodeos, señor? La causa de la segura negativa de Bund no puede ser más que una: su hija.

—Ya lo sé. Pero Lidia no cuenta para nada en todo esto. Bund ha de ser ingeniero y ayudarnos a resolver el problema que nos agobia en estos momentos. ¿No lo ve usted así?

—Igual que usted; pero también veo las dificultades: Bund no aceptará jamás. ¿No comprende que para él será un suplicio horrible estar al lado de la mujer que ama... y que no puede amar?

—Lo comprendo; pero vuelvo a decirle que no se trata de cuestiones de amor... ¡Y bien sabe Dios que yo hubiese preferido a O'Neil como yerno! No, comandante, se trata de algo más serio... ¡De la defensa de nuestro Sistema contra un peligro horrendo, cuyo alcance no podemos ni adivinar!

—Perfectamente; pero insisto: Bund no aceptará.

Lewis le miró fijamente.

—¿No estará tropezando, comandante, con su propio deseo de que Bund no abandone el «Rapide»?

Chas sonrió.

—Ha adivinado, señor Ferguson... a medias. ¿Agradarme que el muchacho se vaya de mi lado? ¡Claro que no! Pero se equivoca al creer que esto cuenta en estos momentos. No, yo me doy cuenta de lo que puede hacer Bund por el Sistema. Sé lo inteligente que es y me ha dado mucha pena que no fuese ingeniero, que no terminase sus estudios. Pero tendré que insistir de nuevo, ya que parece poco dispuesto a mirar las cosas de frente; su hija Lidia será la causa de la rotunda negativa de O'Neil.

—Perdone mi cabezonería, mi tozudez, Otler... Los dos deseamos lo mismo... ¿No habría una manera de salirnos con la nuestra?

Chas acentuó la sonrisa de sus labios.

—Espere. Veremos si se puede hacer algo, aunque con ello me gane la antipatía y el odio eternos de Bund.

—¡No, eso nunca!

Fue entonces cuando sonó el visófono. Y la imagen del mayordomo mayor apareció en la pantalla.

—El gobernador le llama, señor.

—Bien, conecte.

La rosada faz de Harold Pilman sustituyó a la del mayordomo.

—¡Hola, Lewis!

—¿Algo nuevo, Harold?

—Desgraciadamente, sí. Me acaban de comunicar de la región de Solster

que seis pilas han dejado de funcionar repentinamente. He procedido a la evacuación inmediata de todos los habitantes de esa zona.

—¡Dios mío!

—La situación se hace espantosa. No sé qué hacer. Quizá debería comunicar a la Tierra... No puedo dejar de prever la evacuación de toda la población joviana...

—Creo que deberás hacerlo, Harold. ¿Podrías llamarme de aquí a una hora?

—¿Por qué?

—Luego lo sabrás.

—Bien.

Se apagó el visófono y Lewis se volvió hacia Chas:

—¿Ha oído, comandante?

—Sí.

—¿Se da cuenta de que, si no estudiamos este fenómeno, no tardará en llegar a la Tierra? ¡Se mueve muy velozmente!

—Lo sé.

Hubo una pausa.

—Quiero que me acompañe, comandante.

—¿Adónde?

—Al «Rapide». Deseo hablar con O'Neil.

—Como usted quiera.

Diez minutos más tarde el teleoruga se detenía ante el astrocohete.

Una vez dentro se dirigieron al salón, donde Bund estaba ocupado estudiando un montón de papeles cubiertos de cifras.

—¡Hola!

Se sorprendió al verlos entrar, lanzando una mirada de reproche a Chas, al que culpaba directamente de la visita del anciano.

—¿Está usted mejor? —inquirió éste.

Bund enrojeció.

—Sí, gracias... me había pasado casi por completo y me había puesto a trabajar.

—¿Qué hacías? — intervino Chas.

—Cálculos.

—¿Sobre qué?

—Termodinámica y Entropía.

—¿En relación con nuestro problema?

—Sí.

Lewis se adelantó, decidido.

—¡Bund!

—¿Qué desea, señor?

—Las pilas atómicas de la región de Solster han dejado de funcionar.

—¡No! ¿Cómo lo saben?

—El gobernador acaba de comunicármelo.

Hubo un penoso silencio; después Bund:

—Lo esperaba.

—¿Eh?

—Y seguirán avanzando, sin remedio, hasta Venus, matando el calor de todo lo que nos hace vivir. Harán desaparecer la vida del Sistema.

—¿De quién hablas?

Bund señaló las cifras que cubrían las cuartillas.

—¡Ahí están los cálculos, señor Ferguson! Son la evidencia misma.

—¿Y qué demuestran?

—Que el enfriamiento de las pilas se ha hecho de una manera inteligente, impidiendo en cualquier momento la reacción en cadena.

—¿Te das cuenta de lo que estás diciendo, Bund? —inquirió Chas con los ojos desmesuradamente abiertos por el asombro.

—Me doy perfecta cuenta.

—¿Inteligentemente? —balbució Lewis.

—Sí, señor Ferguson. Las ecuaciones no se equivocan. Estamos ante la presencia de seres dotados de una inteligencia cuya fuente vital es el calor; es decir, se alimentan de calor...

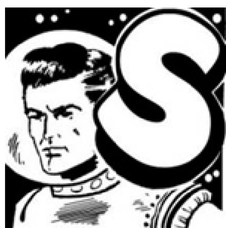
El silencio se espesó, angustioso.

—¿Comen calor?— inquirió Chas.

—Sí — repuso O’Neil—: comen calor. Por eso les he llamado

«Termófagos».

CAPÍTULO V



E miraron, mudos, como si deseasen comprender, antes de hablar, las palabras que acababa de pronunciar el joven.

—¿Termófagos?

—Eso es: comedores de calor...

—Pero ¿qué clase de criaturas?

—No nos precipitemos dijo Bund—. No podernos hablar de «criaturas», al menos de abusar demasiado de la significación de esa palabra que, después de todo, quiere decir «lo que cría» o «lo que se cría»... Por el momento, bástenos saber que los «Termófagos» son seres dotados de una facultad precisa para la absorción del calor, una facultad que nos hace pensar en una especie de inteligencia.

—Pero ¿estás seguro, muchacho?

—Completamente, Chas. Escucha: imagina una máquina que fuese capaz de producir energía atómica, es decir, una pila, como tú conoces... Ya sabes que la energía que se obtiene de cualquiera de ellas está controlada por el limitado número de neutrones en libertad. También sabes que, de no ser por la absorción de muchos de ellos, que son atraídos por el grafito o el plomo, la desintegración de la sustancia radiactiva se haría de una forma rapidísima, produciéndose la archiconocida «reacción en cadena», con la consiguiente explosión.

—Sí, ya sé.

—Imagina ahora que tú deseas más calor. ¿Qué harás?

—Incrementar el funcionamiento de la pila.

—Eso es: aumentar el número de neutrones activos, suprimiendo sus pérdidas. ¿No es eso?

—Sí.

—Pero realizando esa maniobra no harías más que aumentar la productividad de la pila en un tanto por ciento, dentro de unos límites estrictos. Ahora bien: los «Termófagos» descargan una pila en pocos segundos. ¿Sabes lo que significa eso?

—No.

—Que movilizan casi la totalidad de los neutrones, pero impiden la reacción en cadena. Para lograrlo han de conocer profundamente la física atómica a su modo y saber en qué momento han de desviar los neutrones, libres en gran cantidad, para que la reacción en cadena no se produzca.

—¡Es increíble!

—Eso es lo que me hace pensar en que poseen una inteligencia, dando a esta palabra un sentido restringido que, de todos modos, puede ser, desde el punto de vista «termófago», más importante que la nuestra.

—¿Qué quieres decir?

—Que ellos conocen la física atómica mucho mejor que nosotros. Todo lo que acabo de decir lo demuestra.

—¿Y... una solución?

—También la he estudiado... en principio. Antes que nada, tenemos que conocerlos, saber quiénes son y cuáles son sus defectos.

—¡Eso es imposible!

—Por el momento, sí... ¡Si pudiésemos quedarnos aquí!

Chas y Ferguson se miraron, sonriendo.

—Eso era precisamente lo que míster Ferguson y yo habíamos venido a decirte

—¿Eh?

El anciano se adelantó:

—He pagado la prima para que sea relevado de su puesto, O'Neil.

—No es posible.

—¿Por qué? ¿No desea estudiar a los «termófagos»? ¡Ahora tiene una ocasión única! Porque una cosa que no he dicho al comandante: he comprado esta mañana la cúpula del Instituto de Investigaciones Jovianas.

—¿Es cierto?

—Sí. Yo sabía que su instalación era formidable... y asistí, hace tiempo, a la ceremonia de su clausura, porque ya sabrán que se cerró cuando la ocupación de Júpiter se dio por terminada.

Se volvió hacia O'Neil.

—Le cedo la cúpula, hijo mío. ¿Cree que podrá servirle de algo?

—¡Gracias! —los ojos del joven brillaban intensamente—. ¡Mi sueño realizado!

—¿Y la pila atómica de esa base? — inquirió Chas, siempre prudente.

—¿Qué quieres decir?

—Que los «termófagos» devorarán su energía calórica, como en las demás.

—Tengo un plan... muy arriesgado, es verdad; pero ya veremos... ¿No hay dos pilas en la cúpula, señor Ferguson?

—Sí.

—¡Estupendo!

Chas le miró inquieto.

—¿Vas a quedarte solo?

—¿Por qué no?

—Un momento— intervino el anciano—. Yo me quedaré con él.

—¿Usted?

—Sí. Me doy perfectamente cuenta de que no le seré de mucha utilidad; pero, de todas formas, ¿qué otra cosa mejor puede hacer un hombre de mi edad? Si puedo ver antes de morir el triunfo de Bund me daré por pagado; por espléndidamente pagado.

* * *

Chas detuvo el teleoruga ante la gigantesca cúpula y seguidamente penetró en ella por un compartimento estanco.

Encontró a Bund en la sala central, ocupado con un aparato extraño.

—¡Hola, joven!

Se estrecharon cordialmente las manos.

—¿Qué es ese aparato, Bund?

—Un refrigerador... Lo estoy conectando a la segunda pila.

—¿Para qué?

—Necesito una defensa contra los «termófagos». ¿Cómo va la evacuación proyectada?

—Nosotros salimos hoy. He venido a despedirme.

Bund levantó la cabeza, mirando fijamente a su amigo.

—No sabes cuánto lamento esta separación. Sinceramente, Chas.

Otler le puso la mano sobre el hombro, apretándoselo amistosamente.

—No es más que una separación momentánea, Bund. Pronto volveremos.

—Eso deseo.

—Bueno, amigo mío. Me largo. Todos me han dicho que te abrace de su parte.

—Di les que no les olvidaré.

—De acuerdo. ¿Y míster Ferguson?

—Vendrá dentro de un rato. He hecho lo imposible por convencerlo de que va a cometer una locura; pero no ha habido nada que hacer.

—¡El viejo te quiere!

—Demasiado.

—Bueno... No hagas, tonterías... Ya sabes que hay una pequeña astronave, que te traerán dentro de poco. Si ves las cosas feas, te largas. ¿Entendido?

Bund sonrió.

—Lo haré.

Se abrazaron y Chas salió, tropezándose casi con Fred Holder, que entraba como una tromba.

—¿Está ahí...?

Chas le miró con franca antipatía, sin esconder sus sentimientos.

—Depende de a quién quiera usted ver.

—Ya lo sabe.

—Ahí está — repuso Chas, dirigiéndose hacia el compartimento de aclimatación.

Fred siguió el camino. Penetró en la sala central y vio a Bund, que había vuelto a enfrascarse con la instalación de su aparato.

—¡Señor entrometido!—gritó ásperamente.

O’Neil se sobresaltó, volviéndose bruscamente.

—¿Qué hace usted aquí?

Fred avanzó, sin contestar.

—¿Ha sido suya la idea de que mi suegro se quedase aquí?

—¿Y sí lo fuese?

La voz de Holder se hizo cortante:

—Puede ser una manera hábil de hacer que firme el testamento a su favor...

—¡Canalla!

—No se altere, señor O'Neil. Hay cosas más transparentes que esta magnífica cúpula.

—¿Qué quiere usted decir?

—Que las riquezas de míster Ferguson son dignas de ser tenidas en cuenta... ¿para qué negarlo? También me preocupan a mí...

Bund cerró los puños.

—¡Váyase de aquí, Holder! ¡Váyase si no quiere que pierda los estribos y...!

—Comprendo, comprendo. ¡Con lo bonito que es hacer el papel de mártir, amigo mío! ¡Es el más bonito... y el más sencillo! —Y ahuecando la voz—: «Estoy dispuesto a sacrificar mi vida en aras de la lucha contra ese problema, míster Ferguson»... «Me quedaré solo en la cúpula, luchando contra ese poder desconocido que apaga las pilas atómicas tan miserablemente»... ¡Excelente!

—¡Calle!

—Pero no se saldrá con la suya, O'Neil. Para eso he venido aquí. Deseo conocer el alcance de sus verdaderos propósitos. A todos nos atrae el dinero y, después de todo, ¿quién podría demostrar que todo ese jaleo de las pilas atómicas no es un asunto, un negocio maravillosamente planeado? Cien mil millones de dólares no es una cifra cualquiera...

—¡Váyase, Holder! ¡Es la última vez...!

—Hace mal en ponerse así... Podríamos entendernos... Puesto que la herencia no va a seguir el camino normal, el que yo esperaba... ¿qué puede importarme Lidia? Estoy dispuesto a cederla si se me da la mitad de...

Aquello era ya demasiado.

El puño derecho de Chas salió disparado, chocando con el rostro de Holder, que salió despedido hacia atrás, con tan mala fortuna, que se golpeó con una de las patas del «refrigerador», quedando inmóvil.

Bund le miró, aterrado.

—¡Dios mío!

Permaneció parado, con la sangre helada, las manos temblorosas, sin atreverse a dar un solo paso hacia Holder.

—¡Dios mío!—repitió.

Después, serenándose poco a poco, avanzó y se arrodilló al lado del

cuerpo de su rival. Su mano derecha buscó ansiosamente el área cardíaca, apretando la palma sobre el tórax.

Nada.

Le tomó el pulso y, ya desesperado, fue en busca de un espejo y lo colocó ante la boca de Fred para comprobar su aliento.

Nada.

Un terroroso pánico se apoderó de él.

—¡Lo he matado!

No, no había la menor duda de que aquella horrible desgracia se había producido, cuando sólo deseaba castigar el osado y desvergonzado lenguaje de aquel hombre.

—¡Lo he matado!

Luego, mirando hacia uno y otro lado, recordó que Ferguson y su hija iban a llegar de un momento a otro.

Empezó a temblar.

Tuvo que hacer un verdadero esfuerzo de voluntad para coger el cuerpo, cargárselo a la espalda y descender la escalinata helicoidal que bajaba hacia la cámara de las pilas atómicas. Junto a la número dos ya estaba colocado el núcleo principal del refrigerador.

—Ahí podrá conservarse, sin que el olor lo delate a míster Ferguson... Ya tendré un momento para enterrarlo.

Abrió el depósito y dejó caer en el interior el cadáver de Holder. Justo en aquel momento oyó que una de las compuertas acababa de abrirse.

Cerró y subió aceleradamente la escalera.

Lewis y Lidia estaban allí.

Más observadora que su padre, ella fue la primera en percatarse de la palidez del joven.

—¿Qué te pasa, Bund? ¿Estás enfermo?

—Un poco cansado, nada más...

Lewis observaba el aparato.

—¿De qué se trata?

—Un refrigerador.

—Bien... Lidia venía a despedirse... No hemos encontrado a Fred... ¿Lo ha visto usted, O’Neil?

La palidez del joven se acentuó y sus piernas parecieron negarse a sostenerle.

—No... no lo he visto.

Lewis se volvió hacia su hija, diciendo:

—¿Te das cuenta, Lidia? Yo ya lo vi en Urano, cuando tenía miedo que al admitir a Vilver en el «Rapide» se quedase sin sitio... ¡Es un cobarde! Seguro que habrá huido en las primeras astronaves de evacuación.

—¡Por favor, papá!

Bund estaba silencioso, incapaz de decir nada. Luego, repentinamente:

—No irá usted a dejar a su hija sola, ¿verdad, míster Ferguson? Creo que debía acompañarla.

El anciano sonrió, a mil leguas del sentido de las palabras del joven.

—¿Dejar sola a Lidia? ¡Pero si ha recorrido medio Sistema! ¡Sin ninguna compañía! ¡No se preocupe por ella, Bund! Bastante trabajo tendrá en encontrar a su marido.

—No lo creas, papá.

—¿Qué quieres decir?

—Que me quedo contigo.

—¿Eh? ¿Y Fred?

—Si mi esposo me ha abandonado, es que no merece llamarse por ese nombre. Decididamente, me quedo con vosotros.

Y sus ojos se clavaron en los de Bund, haciendo que éste se estremeciese.

Porque, al mirar a la joven, estaba completamente seguro de que ella sospechaba que Fred Holder estaba allí...

* * *

La radio de la cúpula vibró, iluminándose el visófono, pero sin que ninguna imagen se pintase en la pantalla.

—Están ya muy lejos — dijo Bund.

Pero la voz metálica llegó claramente hasta ellos:

—¡Aquí el «Rapide», a la vista de Marte! ¿Cómo va eso, muchacho?

O'Neil se acercó al micrófono con emoción.

—¿Quién es?

—Chas.

—Hola, Chas... Todo va bien.

—Ya estáis solos. ¿Salieron la señora Holder y su esposo?

Sin poderlo evitar, Bund miró a la joven, que, sonriendo, le quitó el micrófono de las manos.

—¡Estoy aquí, comandante!

—¡Santo Dios! ¿Es que se han vuelto locos todos?

—No, no tema. Mi esposo desapareció misteriosamente justo en el momento de nuestra evacuación... Y decidí quedarme con papá y Bund.

—Pero ¿dónde se ha metido ese hombre, es decir, míster Holder?

—No lo sabemos.

Hubo un silencio.

—¡Es una locura! Pediré permiso para ir a buscarla.

—No, comandante... Estoy decidida a seguir al lado de papá. En cierto modo me alegro; es una manera de hablar, claro, de haber tenido la ocasión de quedarme al lado de mi padre.

—¡Es muy peligroso, señora!

—Ya veremos. Bund es un hombre muy hábil y sabrá...

O'Neil no oyó más.

«Bund es un hombre muy hábil...»

Sintió una punzada en el pecho.

Después de lo ocurrido esperaba, por lo menos, conservar aquella maravillosa confianza que ella había tenido siempre en él.

Pero estaba visto que la había perdido definitivamente.

—Te llaman, Bund.

—¡Perdón!

Y acercándose al micrófono, todavía con la angustiosa impresión en el pecho:

—Di.

—Oye, Bund... Nosotros vamos a entregar el informe cuanto antes. No sé si nos dejarán volver a Júpiter, que es lo que nos encantaría. Pero, pase lo que pase, nos moveremos en la órbita de Marte, manteniendo, siempre que sea posible, comunicación con vosotros... Aunque habremos de limitarnos a escuchar vuestras palabras, ya que el campo de los asteroides no dejará llegar

las imágenes al fonovisor.

—Algo es algo.

—¿Recibiste la astronave?

—Sí. Una de tres plazas.

—¡Menos mal que no enviaron una biplaza! ¡Menuda angustia tendría yo al saber que sois tres!

—Esperamos no utilizarla, Chas.

—Bien, mejor; pero no olvides, cabezota, que tienes bajo tu custodia una mujer... y que ella no es culpable de tu cabezonería hacia los misteriosos «Termófagos».

—No lo olvidaré. Antes de que ocurra algo enviaré rápidamente a mis dos compañeros de cúpula hacia Marte.

Había hablado bajo, de manera que ni el padre ni la hija lo oyesen. Pero Chas sí que había oído.

—¡Eh, alto ahí! ¿Qué tontería acabas de decir? ¡No hagas eso, estúpido! ¿O es que quieres representar el papel de mártir?

—¿Yo?

Lidia se acercó, sonriendo:

—No le haga caso, comandante. Bund está un poco alterado. Si, por la fuerza de las circunstancias, tenemos que salir de aquí, lo haremos todos. Ni uno solo de nosotros se quedará.

—¡Bravo, señora!

—De todas formas, no creemos que salgamos de aquí antes de haber aclarado el problema de los «Termófagos». ¿No es verdad, Bund?

—Sí, Lidia.

—¡Bueno, amigos! Nos vamos a disponer a posarnos sobre Marte. ¡Casi no hay sitio! No podéis imaginaros la cantidad de astronaves procedentes de Júpiter que cubren el cielo... ¡Adiós y buena suerte!

CAPÍTULO VI



ASÓ Bund una noche horrible. Se acostó tarde, después de desear las buenas noches a los Ferguson, que se alojaron en las habitaciones situadas inmediatamente abajo del suelo de la cúpula.

Estaba seguro de que Lidia sabía algo.

Pero... ¿qué? ¿Qué habría visto la muchacha para hacerle sospechar algo de lo ocurrido?

Las palabras de la joven podían tener un doble sentido. Pero ella le conocía demasiado — y en esto no podía hacerse ilusiones—, dándose cuenta de la turbación que había manifestado ante la inesperada llegada de los Ferguson, instantes después de que dejase el cadáver de Holder en los frigoríficos del subsuelo.

Antes de acostarse, Bund salió de la cúpula, instalando una serie de aparatos alrededor de la semiesfera transparente, aparatos que conectó con uno que tenía en el laboratorio. Después echó una ojeada al cielo, joviano, preguntándose si la suerte iba a acompañarle o moriría, junto a los Ferguson, corno habían muerto los hombres de los otros planetas exteriores.

No durmió bien.

Pero no fueron los «Termófagos» y el problema que entrañaban lo que llenó su sueño de horrendas pesadillas. La imagen pálida, macilenta, de Fred le perseguía por doquier, como si hubiese despertado del terrible sueño de la muerte y desease acusarle ante Lidia.

No podía haber considerado aquello como una victoria: había suprimido a su rival en un momento de cólera ciega; pero aquello, en vez de dejarle el campo libre, parecía separarle definitivamente de la joven.

Se levantó temprano y fue directamente al laboratorio. Tenía el rostro descompuesto y amplios cercos negros rodeaban sus ojos.

Sin pensar en el desayuno, se puso a trabajar. Terminó una serie de uniones, en gruesos y complejos sistemas de cables. Acababa justamente de conectarlos al aparato central, que a la vez estaba unido al refrigerador, cuando la voz de Lidia sonó a sus espaldas.

—¡Buenos días, Bund!

Se volvió.

Ella estaba más hermosa que nunca y parecía haber pasado una noche espléndida.

—Hola, Lidia.

—No te has acostado, ¿verdad?

—Un poco.

Se le acercó, mirándole inquisitivamente; pero, casi en seguida, una encantadora sonrisa le subió a los labios.

—Te has propuesto un trabajo demasiado pesado, Bund.

—¿Tú crees? Lo que me preocupa es vuestra presencia aquí. He sido un loco consintiendo que os quedéis tu padre y tú.

—Ya no hay remedio.

—Eso es lo triste; aunque podía solicitar la venida de una astronave de Marte para que os recogiera.

—¿Tanto te estorbo?

La pregunta era directa y O'Neil se quedó sin saber qué decir. Por fortuna, la llegada del padre de Lidia le libró de aquella penosa obligación.

—¡Buenos días!

—¡Hola, papá!

Le besó, y Ferguson, acercándose al joven, le estrechó fuertemente la mano.

—¿Qué hay de nuevo, muchacho? ¿Qué haces?

—He establecido un sistema de aparatos que nos señalarán la proximidad de los «Termófagos».

Los ojos de Lewis se animaron.

—¿Cómo lo lograrás?

—Venga y verá.

Le siguieron, Lidia silenciosa, detrás de su padre. Al llegar junto a la pared transparente de la cúpula, el joven les señaló dos a tres barriles metálicos, situados a medio centenar de metros de la esfera.

—¿Es eso?

—Sí.

—¿De qué se trata?

—Son unos recipientes repletos de un termogenerador capaz de ir produciendo cantidades de calor creciente.

—¿Y bien...?

—Cuando los «Termófagos» se acerquen, el aparato central nos comunicará su presencia, ya que ellos se verán atraídos por esa fuente de calor.

—¿Y de qué nos servirá eso?

La pregunta de Lidia había sido hecha con un pequeño tono de burla y Bund se estremeció, prometiéndose, en la primera ocasión que tuviese, poner las cartas sobre la mesa.

—Eso no es más que la primera parte — repuso él con un tono neutro en la voz—. En cuanto los «Termófagos» se presenten... podremos verlos.

—¿Eh? — exclamó, asombrado, el viejo Ferguson. —¡No es posible! — exclamó Lidia.

O'Neil sonrió.

—Ése es mi pequeño secreto y, por el momento, les ruego que me perdonen si no se lo comunico. Pronto tendremos ocasión de asistir a la sorpresa mayor de nuestra vida.

—¿Sospechas algo de ellos?

—¿A qué se refiere usted?

—Nos dijiste que eran seres que poseían una cierta forma de inteligencia. ¿No es así?

—Sí.

—¿Crees que tienen también un «cuerpo»?

—Es posible.

—Entonces... ¿los crees dotados de una intención? Quiero decir de un propósito... El de destruirnos, por ejemplo.

—No creo que entremos en sus cálculos, ya que no deben haberse dado cuenta de nuestra presencia. No, indudablemente, su propósito, si lo tienen, debe ser de orden cósmico.

—No lo entiendo.

—Ya lo verá. Acérquese a este cuadro, señor Ferguson.

El anciano le siguió hasta un tablero donde se veía un sistema de luces, casi todas verdes y tres o cuatro rojas.

—¿Qué significa esto?

—Como usted sabe, esta cúpula es la de la central joviana. Todas las instalaciones del planeta estaban conectadas con este cuadro... afortunadamente.

—¿Por qué?

—Porque esas luces rojas, exactamente tres, significan las centrales atómicas que quedan sobre el planeta: tres de doscientas doce que había. Los «Termófagos» han consumido en poco más de sesenta horas, el calor de doscientas nueve pilas atómicas, lo que hace suponer dos cosas: o estos seres son de una avidez extraordinaria por las fuentes caloríficas o han llegado a Júpiter en una cantidad fabulosa.

—No podremos escapar.

—Sí.

Miró fijamente a Lidia, que era quien acababa de manifestar tal pesimismo.

—Sí, Lidia. ¿Ves ese aparato central? Es un refrigerador que cubrirá la esfera, en los momentos de peligro, de oleadas de frío que no serán agradables para los «Termófagos»... Ellos aman el calor, no el frío. Y el frio será nuestra defensa, contra la que nada podrán. Mientras, cuando los veamos, cuando los conozcamos, iremos conociendo sus debilidades... y quizá podamos encontrar la manera de hacerlos desaparecer.

—Eso espero.

—No temas, Lidia. He pesado y sopesado todo, hasta el más íntimo detalle. No quiere decir esto que la lucha no vaya a ser tremenda, hasta puede ser que estremecedora... Todo depende de muchas cosas, de esa inteligencia que esos seres poseen de una manera indudable.

—¡Fíjate, amigo mío!

Bund se acercó donde el anciano le indicaba.

—Dos de las tres luces rojas han desaparecido.

—Ya veo. Los «Termófagos» están terminando con la energía calorífica de las últimas pilas. Pronto buscarán afanosamente algo de calor.

—¿Y vendrán hacia aquí?

—Sí...

Guardaron silencio durante unos minutos. Después, bruscamente, mientras miraban hacia el cuadro, vieron que la última luz se extinguía también.

—Se acabó — musitó O’Neil como si hablase consigo mismo—. Ahora nos toca a nosotros. En cuanto sepan que hay por aquí fuentes caloríficas se

lanzarán como perros hambrientos sobre los aparatos que he colocado fuera...

* * *

Estableció un timbre para que la presencia de sus enemigos le despertase. Durante todo aquel día no hizo más que revisar los aparatos, comprobándolos cien veces seguidas; luego, al llegar la noche, rogó a los Ferguson, que le habían ayudado en muchas cosas, que descansasen.

—Ya les avisaré sí algo ocurre — dijo.

La mirada del viejo Lewis brilló intensamente, retadora.

—No te perdonaría que no lo hicieses. Bund. Quiero «verles la cara» a esos «Termófagos» del demonio.

—No se preocupe.

Salieron los dos, padre e hija, y Bund quedó solo. De repente, momentos más tarde, se volvió y vio que Lidia había penetrado nuevamente en el laboratorio.

—¿Has olvidado algo, Lidia?

—Sí.

Ella avanzó, segura de sí misma.

—He olvidado algo, Bund; hablar contigo.

—Bien.

Dudó ella unos segundos; después:

—Tienes que perdonarme, amigo mío. Hoy me he dejado llevar por mi desastroso estado de nervios.

—¿Qué te ocurre?

—No lo sé. No acabo de comprender la misteriosa desaparición de Fred. Es algo que se me escapa, por muchos esfuerzos que hago para entenderlo... Ya sé que él no me quería... como yo lo hubiese deseado; pero, de todas las maneras, su misma ambición le hubiese impedido, por encima de su cobardía, huir de aquí.

Bund se mordió los labios.

¿Había llegado el momento de hablar claro, de decir toda la verdad?

Estaba completamente seguro de que así era; pero, en aquellos instantes, cuando debía haberse lanzado valientemente hacia adelante, un gran pánico le invadió.

Se dio cuenta de que sus palabras podían provocar la catástrofe que más temía y que terminaría por hacerle perder definitivamente a Lidia. Y ante aquella desdicha —no hacía falta que se confesase la manera de cómo la amaba— sus labios se cerraron fuertemente, sellándose en un silencio que se le antojó la mejor manera de proceder.

—No debí nunca consentir que te quedases aquí.

Ella le miró extrañada.

—¿Por qué no, Bund? Yo sé, y no es pedantería mía, que me necesitas...

—Lidia...

—Sí. ¿Para qué engañarse? Lo sé porque también te necesito yo a ti.

Él se adelantó, cogiéndola de los brazos, pero ella se desasió, un tanto bruscamente.

—No, Bund, no se trata de eso... Hay demasiada lucha en mi alma para que yo misma sepa de lo que se trata. Mis deseos están en una confusión horrible. Deja —sonrió graciosamente— que por el momento me quede a tu lado, te ayude en lo que pueda. El tiempo vendrá a decirnos si hemos obrado bien. Porque, sin ningún género de dudas, estoy completamente segura de que, pronto o tarde, tendremos noticias de Fred. Entonces será el momento de juzgarlo y sacar conclusiones...

—¡Lidia!

Estaba dispuesto a hablar, costase lo que costase; pero esta vez fue ella quien lo impidió.

—No, Bund... no digas nada. Así es mejor.

Y se alejó, después de darle las buenas noches, dejándole en medio de un mar de confusiones, sin saber a qué atenerse e ignorando siempre si ella sospechaba algo o no.

Profundamente preocupado, se lanzó al trabajo desesperadamente, buscando en él la necesidad de paz que ansiaba.

Por precaución conectó el refrigerador, rodeando la cúpula de una capa de frio protectora, que impediría que los «Termófagos», cuya llegada era inminente, penetrasen en el interior, apagando las dos pilas atómicas y condenando a los ocupantes de aquella cúpula a una muerte irremediable.

Las estrellas brillaban en el cielo.

Todo hubiese sido maravilloso si Fred no hubiera aparecido, si no hubiese pronunciado aquellas sucias y tremendas palabras y si, desgraciadamente, el golpe no lo hubiera matado. Porque nunca, ni vivo, había gozado de una molesta presencia como en aquellos momentos.

Estaba hundido en aquellas pesimistas reflexiones cuando, brutalmente, la señal de alarma sonó, encendiéndose la luz del aparato número once, señalando la presencia de los fantásticos enemigos.

¡Los «Termófagos» habían llegado!

Presa de un nerviosismo incontrolable, Bund se movió de uno a otro lado, sin saber, por el momento, qué hacer. Había esperado aquel instante con demasiada ansia y ahora, cuando ya los tenía allí, perdía el control de sus propios movimientos, tremendamente excitado por su presencia.

¡Y tenía que aprovechar cada segundo si no deseaba perder aquella ocasión única!

Consciente de la importancia de aquellos segundos, se precipitó hacia el aparato especial que había preparado, el único capaz de dejarle ver a sus enemigos.

Era como una monumental máquina fotográfica, con un tremendo objetivo que el joven enfocó hacia la zona donde estaba situado el aparato número once.

Entró en la cámara oscura, sintiendo sólo los latidos de su propio corazón.

Después de cerrar la puerta a sus espaldas y mientras preparaba las placas, adaptó el doble objetivo, dotado de un prisma, al visor directo, de manera de poder ver y, al mismo tiempo, fotografiar a aquellos extraños seres.

La oscuridad se hizo completa.

De repente, la imagen empezó a surgir en la pantalla del visor y O'Neil, con los nervios en tensión, observó el contorno que se iba dibujando: un centro del que surgían una docena de largos filamentos, de grosor variable.

—¡Arañas! ¡Son como arañas!

Aquella especie de tentáculos, cuya luminosidad era extraordinaria, estaban directamente aplicados sobre el aparato número once que, luminoso al principio, fue apagándose paulatinamente al tiempo que el cuerpo del ser se volvía intensamente luminoso.

Era el efecto óptico de las oleadas de calor que pasaban del aparato a la criatura.

Bund vio otras líneas caloríficas, fuera de la masa de la «araña», a las que no dio mucha importancia, tomándolas por irradiaciones secundarias. ¡El «Termófago» estaba devorando glotonamente el calor!

¡Arañas!

Aquella realidad desagradable no llegaba a convencerle plenamente. En realidad, él había esperado que la demostración de inteligencia de aquellos

seres estuviese en concordancia con una forma..., ¿cómo decirlo?..., más «humana».

«He esperado demasiado — se dijo —. Porque ahora sí que no hay posibilidad de entenderse con estos repugnantes seres. Su inteligencia no puede ser más que destructora y sólo me queda, nos queda, luchar desesperadamente, utilizando todos los medios posibles para evitar que el Sistema caiga bajo el negativo poder de estas criaturas...»

No había otro remedio que el de declarar, de una manera implacable..., ¡guerra a los termófagos!

CAPÍTULO VII


E habías prometido avisarme, Bund!

—Sí; pero no se preocupe, señor Ferguson. Va usted a verlos ahora mismo.

—¿De verdad?

—Sí. Están acercándose al aparato número ocho. Pase a esta cámara.

—¿Y yo? — inquirió la muchacha con marcada curiosidad.

—Pasa también, Lidia.

Penetraron los tres y Bund apagó la luz, sumiendo el interior en una completa oscuridad.

—¿Cómo son, Bund?

—Ahora lo verás, Lidia.

Y la imagen surgió, como la vez anterior, con aquella misma silueta, que hizo exclamar a la joven:

—¡Son arañas!

—Se parecen; pero de todos modos no vayas a creer que se trata de arañas como las que ya conocemos.

—¿Cómo logramos verlos? — inquirió Lewis.

—Utilizando una cámara de rayos infrarrojos..., solamente sensibles a las ondas caloríferas. Lo que vemos, naturalmente, es la concentración de calor.

—Entonces ¿no son como los vemos?

—Son como los está usted viendo, señor Ferguson, ya que su cuerpo se está «empapando», permítame la palabra, de calor. Y los infrarrojos nos dan una imagen concreta... ¿Ve los tentáculos?

—Sí, los he contado: hay diez.

—Ya lo sé. Eso nos demuestra que no son vulgares arañas, ya que éstas poseen ocho patas. Fíjese en las olas de calor que absorben, por los tentáculos y que se concentran en ese cuerpo redondo y que debe ser, en realidad,

esférico.

—¿Y afirmabas que estos seres son inteligentes?

—Y sigo afirmándolo. Sólo que la inteligencia no ha de confundirse con «una manera de pensar a lo humano».

—Ya comprendo.

—Hay en ellos, no lo dude, una orientación inteligente. Procedan de donde procedan, han sabido descubrir este Sistema, que será uno de los únicos donde existen fuentes de calor verdaderamente extraordinarias... ¿Cómo han sabido estas criaturas que habíamos llegado a descubrir la energía atómica?

—¿Es que crees que no se alimentan de otras fuentes de calor?

—Si lo hiciesen, no estarían aquí.

—Te comprendo; pero sólo a medias... Por ejemplo, ¿cómo han vivido hasta que, según tú, descubrieron las pilas atómicas para alimentarse?

—Eso es uno de los misterios que desconozco.

—¿Y por qué no se alimentan del calor del sol?

—Ya le dije, otra vez, según recuerdo ahora, que no pueden alimentarse de una fuente de calor tan gigantesca... porque son seres vivos. Y si logran apoderarse del calor de las pilas, sin provocar una reacción en cadena, es otra prueba de su inteligencia... Estoy seguro de que cuando descubramos su origen, si es que lo logramos, nos llevaremos una gran sorpresa.

* * *

Trabajaba, solo, en la noche, en medio del silencio del laboratorio.

Los Ferguson se habían ido a dormir.

Revisando las placas fotográficas obtenidas, a base de infrarrojos, Bund repasaba cada imagen, no logrando explicarse, en modo alguno, las «líneas» de conducción que aparecían fuera del cuerpo de los «termófagos».

—Te estás rompiendo la cabeza inútilmente — se dijo en voz alta—. Esto no puede ser más que la irradiación calorífica, algo así como los destellos luminosos de un foco, del que escapan, por las ranuras, chorros de luz que no siguen la dirección del reflector.

Concentró su esfuerzo en el interior del cuerpo de las «arañas».

Había diferentes intensidades de impresión, lo que demostraba que el reparto y distribución del calor en el cuerpo de los «Termófagos» no era homogénea, sino que seguía una serie de líneas onduladas, cuya forma total

era sumamente compleja.

Bund tenía la impresión de que allí se hallaba la explicación del misterio de los «Termófagos»; pero, a pesar de los esfuerzos que hacía por penetrar en aquellas líneas, no lograba encontrar solución a las miles de preguntas que se iba formulando.

—¿Eh?

Aquella exclamación no la provocó nada de lo que observaba, sino el indudable ruido de pasos que acababa de oír detrás de él.

Se volvió.

Fuera del área de luz, en cuyo centro trabajaba, el resto del inmenso laboratorio estaba sumido en una oscuridad total. Sus ojos intentaron perforar, inútilmente, aquella oscuridad; pero no consiguió nada.

Sin embargo, estaba completamente seguro de haber oído algo, el sonido inconfundible de unos pasos callados, como si alguien desease acercarse, por su espalda, sin que él lo percibiese.

Pero no veía a nadie.

No era miedo lo que sentía, sino una extraña intranquilidad, una especie de desasosiego que se iba apoderando de él, sin que pudiese hacer nada por evitarlo.

«Es ridículo — pensó—. Nadie puede moverse así, que no sea Lidia o su padre... Es posible que el viejo se haya desvelado, viniendo a hacerme compañía y arrepintiéndose después, al verme ocupado.»

Aquellas reflexiones no lograron tranquilizarle del todo. Y dispuesto a salir de dudas, abandonó la zona iluminada, dirigiéndose hacia la puerta que comunicaba con el piso inmediatamente inferior, donde estaban las habitaciones de los ocupantes de la Cúpula.

El pasillo estaba débilmente iluminado.

Se detuvo ante la puerta de Lidia, comprobando que estaba cerrada, así como la de su padre. Dispuesto a salir definitivamente de dudas, llamó, despacio, sin que nadie le contestase.

Prueba evidente de que los dos dormían y que ninguno de ellos se había levantado recientemente.

¿Entonces...?

Volvió a sentir la misma intranquilidad, acrecentada hasta lo indecible.

Durante un buen rato reflexionó, pensando serenamente en todo y terminando por esbozar una sonrisa, que no era, ni mucho menos, todo lo convincente que él mismo hubiese deseado.

Pensó:

«¿Por qué no sales de dudas, estúpido? Te estás comportando como un niño o una mujer histérica... Porque no irás a pensar que un cadáver se pasea por el interior de la Cúpula, ¿verdad? Además, si se trata de una alucinación, provocada por el exceso de trabajo y la tensión nerviosa a que estás sometido, nada mejor que bajar a los sótanos y tranquilizarte para siempre. En realidad, debías haberte deshecho de ese cuerpo hace tiempo... Ahora tienes una ocasión formidable, única... Cógelo y lánzalo en el interior de una de las pilas atómicas... Así podrás descansar tranquilo.»

Cobró energías y se dirigió hacia los sótanos, cuyos largos pasillos fue iluminando a medida que se adentraba en ellos.

Una sensación de frío intenso reinaba en el interior de la cámara de los refrigeradores.

Se estremeció, imperceptiblemente.

Iluminando la última cámara, penetró entre los dos colosales aparatos, para desembocar, finalmente, en un lugar donde había lanzado el cuerpo de Fred Holder.

Pero el cadáver no estaba allí.

Se quedó perplejo, contemplando el lugar vacío, con los ojos desmesuradamente abiertos, sin comprender y dejando que su imaginación se viese atravesada por centenares de ideas dispares.

¡No era posible!

No obstante, había que rendirse a la evidencia y aunque no pudiera explicarse, lógicamente, aquella desaparición, tenía que contar con ella...

¿Lidia?

Podía haber encontrado el cadáver; pero... ¿se habría atrevido a trasladarlo y enterrarlo?

¿Lewis?

El viejo lo hubiera dicho, ya que en el fondo, a pesar del disgusto, no hubiera dejado de experimentar un cierto respiro.

Salió de la cámara, después de revisar el funcionamiento del refrigerador; pero, sin saber exactamente por qué, se movió silenciosamente, iluminando, con toda la intensidad posible, los pasillos que iba atravesando.

No quiso volver al laboratorio y penetró en su habitación, que cerró cuidadosamente, metiéndose inmediatamente en la cama y reflexionando, ferozmente, sobre lo que realmente podía haber ocurrido.

Al despertar, bien de mañana, ya que el pálido sol visible desde Júpiter no

podía dar una idea exacta del día, que no era más que un atardecer constante, se duchó, sintiéndose mucho mejor y pensando, optimista, en que no tardaría en conocer la verdad.

Fue al laboratorio y comprobó, en los cuadros de control, que los «Termófagos» se habían movido hacia los aparatos ocho y nueve, después de haber terminado con el calor de los once y doce.

La cámara de infrarrojos había seguido, automáticamente, fotografiando a las criaturas devoradoras de calor. Reveló las fotos y las estudió, viendo que eran idénticas a las anteriores.

Fue entonces, al salir de la cámara oscura, que vio que los Ferguson estaban allí.

—¡Buenos días! —saludó Lewis.

—¡Hola, Bund! — exclamó amablemente Lidia.

Parecía contenta y O'Neil se preguntó, mirándola de reojo, si no sabía mucho más que él acerca de la desaparición del cadáver de Fred.

—¿No han oído ruidos esta noche?

—Yo no — dijo el anciano—. ¿Es que ha ocurrido algo?

—Nada. ¿Y tú, Lidia?

—Yo he dormido como un tronco.

Y después de una pausa:

—¿Has oído tú algo, Bund?

—No, Aunque, exactamente, mientras trabajaba aquí creí que alguno de ustedes se había desvelado.

—No.

—Habrá sido la excitación nerviosa del trabajo —concedió el joven. Y mirando a Lewis, dijo—: Hoy voy a darle una buena sorpresa, señor Ferguson. La sorpresa que le prometí.

—¿De qué se trata?

—Voy a cazar un «Termófago».

—¿Eh?

—¿Es posible?

—Sí.

—¿Cómo podrás hacerlo?

—He preparado una esfera, de unos dos metros de diámetro. Voy a

lanzarla al exterior. Dentro lleva una fuente de calor y además una puerta que cierra automáticamente, por medio de una célula fotoeléctrica. Cuando el «Termófago» penetre en el interior de la esfera, atraído por el calor, la puerta se cerrará y quedará atrapado...

—¿No crees que podrá escaparse?

—Lo temo; pero hay que intentar algo... Desde luego, el que hayan penetrado en el interior de las pilas atómicas demuestra que atraviesan las paredes, gracias a un poder especial.

—¿Entonces?

—En este caso será distinto... La esfera, en realidad, posee una doble pared y, entre ellos, corre una corriente de frío, que se pondrá automáticamente en marcha en cuanto se cierre la puerta, ocupando incluso ésta, ya que está formada, como el resto de la esfera, por un doble muro de aluminio.

—¿Por qué precisamente aluminio?

—Porque es muy conductor de la temperatura y hará que el frío de la envoltura, en cuanto el «Termófago» pase al interior y consuma el calor, se proyecte hacia dentro, anestesiando a la criatura.

—¿Anestesiándola?

—Ése será el efecto que causará el frío.

—¿No lo matará?

—Creo que no; pero, aunque así ocurriese, podríamos al menos observar y disecar un cadáver. Voy a prepararlo todo...

Una de las grúas externas se puso en movimiento, introduciendo sus pinzas a través de una abertura que Bund produjo al abrir una de las ventanas de la Cúpula. Para evitar que durante aquellas maniobras pudiese penetrar un «Termófago», chorros de nieve sólida atravesaban el orificio, formando una barrera de frío infranqueable.

La esfera fue colocada en el exterior, sin dejar que la grúa la sustentase, ya que sería retirada en cuanto el «Termófago» imprudente hubiese penetrado en su interior.

—¿Ha caído ya?—preguntó Lewis, que no podía resistir su impaciencia.

—Todavía no, señor Ferguson — repuso el joven. —No he lanzado aún el chorro de calor que encenderá la minúscula pila atómica que va en el interior de la esfera. Ahora voy a hacerlo, al misino tiempo que hago que la puerta se abra.

Manipuló unos mandos, en un complejo aparato cuyos gruesos cables

subían hacia la grúa.

—Ya está.

Asomándose al exterior, Lewis vio que la pesada puerta se abría despacio. Una extraña emoción se apoderó de él. Se daba perfecta cuenta de la importancia de acuella experiencia que O'Neil iba a realizar.

Ya no se trataba de ver o fotografiar a las criaturas que habían causado tanto daño, sino de capturar a una de ellas, de poder examinarla cómodamente.

Lidia, a su lado, era también presa de una gran emoción; pero había en la expresión de su rostro un poco de miedo.

—Papá...

Lewis se volvió apenas.

—¿Qué quieres?

—Baja la voz, no quiero que Bund nos oiga.

Aquello alarmó a Ferguson, que se volvió, inquisitivamente, hacia su hija.

—¿Qué ocurre, Lidia?

Había bajado la voz y lanzando una mirada a O'Neil que, bastante lejos, se afanaba junto a sus aparatos.

—Anoche oí pasos ante mi puerta. Alguien llamó a ella.

—¿No te ha dicho O'Neil que pasó para ver si queríamos algo?

—He oído que te lo decía; pero no es eso, papá.

—¿De qué se trata, entonces?

—Fue mucho después. Bund se había ido a dormir, porque escuché el ruido que hacía su puerta al cerrarse. Todo se quedó silencioso... de repente, unos pasos se acercaron a mi puerta, se detuvieron ante el umbral y alguien golpeó la madera, no muy fuerte.

—¿No lo habrás soñado?

—No. Me levanté, sin hacer ruido y venciendo el terror que me sobrecogía. Fui hasta la puerta y escuché... Alguien jadeaba en el exterior; después, bruscamente, alguien llamó, con vos entrecortada: «¡Lidia! ¡Lidia!» No gritaba, pero yo me percaté de que era la voz de Fred.

—¿Te has vuelto loca? ¿Fred aquí?

—No sé, padre; pero ya sabes que no acostumbro a mentir.

—Pero...

—Te digo que era su voz. No creerás que la he olvidado, ¿verdad?

—No te digo eso.

—He pasado mucho miedo y no sé, francamente, qué pensar... Desde luego, eso me ha hecho pensar en el rostro pálido de Bund la tarde que llegamos aquí. ¿No lo recuerdas, padre?

—No; no me fijé.

—Yo sí... Estaba pálido, demacrado y respiraba con dificultad.

—¿Qué intentas insinuar, Lidia?

—Ya te digo que no sé... estoy en un mar de confusiones. He llegado a pensar que Bund había encerrado a Fred en alguna parte y que éste ha logrado, no sé cómo, evadirse.

—¡Has perdido la razón! O'Neil no sería capaz de una canallada semejante. ¿Crees que desea eliminar a un rival de esa abyecta forma?

—¡Papá! ¿Por qué hablas de rival? Soy una mujer casada...

—Lo sé... Cuidado, Bund se acerca.

Así era, en efecto.

—Están ustedes mirando la puerta de la esfera, ¿verdad?

—Sí. Aún no se ha cerrado.

—Hay una señal automática para cuando tal caso ocurra. Sonará una especie de sirena cuando el...

El agudo sonido de una sirena, la que esperaba, le cortó en seco.

—¡Ya está!

—¡Vamos!

Corrieron hacia el aparato de control y Bund maniobró rápidamente los mandos. La grúa tiró hacia sí de la esfera, girando hasta hacerla penetrar, a través de los chorros de nieve, en el interior del laboratorio, posándola blandamente en el lugar que Bund la había destinado.

O'Neil cerró la abertura y se acercó después a la esfera.

Lewis y Lidia se mantenían, respetuosamente, a distancia.

—¡Está aquí dentro!

—¡Tengo miedo...!

Se volvió hacia la joven, mirándola con ternura:

—No temas, Lidia... Voy a proceder a un enfriamiento total del interior de la esfera. Quedará completamente aletargado... si esas formas de vida pueden

adormecerse.

Comprobó primero el estado de la fuente de calor artificial, viendo que todo había pasado al interior de la esfera, vigilando la temperatura, que iba descendiendo rápidamente.

Entonces se volvió a los otros dos.

—Ya está. Todo el calor interno ha desaparecido.

En los ojos de Lidia había una luz medrosa.

—¿Vas a... abrirla?

—Sí.

Lewis se acercó, sin poder dominar la curiosidad.

—Estoy nervioso — confesó.

Bund sonrió.

—No pasará nada. He preparado este chorro de nieve por si esa criatura quisiese salir... Se lo impediremos. Vamos a ver. Creo que, congelado, se habrá materializado lo bastante para ser perfectamente visible.

Las ruedas giraron lentamente, hasta correr los cerrojos de la puerta, que era, naturalmente, un casquete esférico.

Asiéndose a la anilla, Bund miró a los otros y, con una sonrisa:

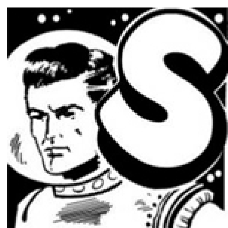
—¡Vamos a pasar el Rubicón!

Y tiró fuertemente hacia él.

Lewis, que era quien estaba ante la puerta, lanzó una exclamación de asombro y O’Neil se precipitó, para ver en el interior.

¡El cuerpo de un hombre blanco yacía allí, tendido en el interior de la esfera!

CAPÍTULO VIII



E quedó Bund con los ojos extraordinariamente abiertos, como si viese visiones. —¡Un hombre!

También había acudido Lidia junto a la esfera y contemplaba aquella criatura humana, perfecta y normalmente constituida, que llevaba una especie de taparrabos de piel. Se volvió a O'Neil:

—¿Quién es, Bund?

Al joven le costó trabajo pronunciar aquellas palabras:

—No puede ser más que el «Termófago».

Las cejas de Lewis se enarcaron.

—¿Ése... el «Termófago»?

—¿Quién otro puede ser?

—Pero... ¿te das cuenta de lo que dices, muchacho? ¡Un ser como éste, comiendo calor, penetrando a través de las planchas! ¿Qué clase de locuras se te están ocurriendo?

—No son locuras. Nadie, sin un traje espacial, hubiera podido encontrarse fuera de esta cúpula. ¿Cómo quiere usted que este sujeto, que no lleva aparato respiratorio alguno, haya podido penetrar en la esfera, en la forma actual?

—¿Crees entonces que el «Termófago», esa horrible araña, se ha convertido en un ser humano?

—No existe otra explicación; pero, por favor: déjeme examinarlo.

Avanzó hacia, la esfera, pero Lidia le retuvo, cogiéndole de la manga.

—Ten cuidado, Bund.

La sonrió.

—Tendré cuidado, aunque creo que esta pobre criatura ha dejado de existir.

Penetró decididamente, arrodillándose junto al hombre, que tenía los ojos cerrados y un gesto de abandono físico completo. Bund buscó el pulso, no hallándolo; pero, sin embargo, cuando pasó el oído sobre el tórax, oyó el lento

y lejano latido del corazón.

—¡Vive!

Lewis había penetrado en la esfera, colocándose a su lado.

—¿Está vivo?

—Sí.

—¿Qué vas a hacer?

—Cuidarle.

—¿No será peligroso?

—Creo que no. Además, me parece haber encontrado la manera de poder atenderlo convenientemente. Voy a llevarlo a aquella cámara, donde le someteré a un tratamiento especial; pero, de todos modos, como el frío es la única arma que conocemos contra él, dispondremos lanzadores de chorros de nieve, por si fuese necesario usarlos. Yo me quedaré con él... Ruego a usted que vigile mientras tanto los aparatos de control, que irán señalando la presencia de más «Termófagos» en los puestos exteriores.

—Lo haré.

—¿Quiere ayudarme a llevarle a la cámara?

—Sí.

Aquella criatura pesaba bastante y tuvieron que esforzarse para llevarlo a la cámara, donde Bund lo colocó y se encerró con él. Se trataba de una especie de ovoide, otras veces utilizado para el tratamiento de los afectados por el mal llamado «intoxicación espacial» y que ahora convenía perfectamente a los fines a que O'Neil quería destinarla.

Una vez dentro, examinó detenidamente el cuerpo del extraño, con la idea de ver si llevaba algún arma escondida; después, cuando comprobó que no, proyectó sobre el hombre chorros de vapor, a temperatura que no excedía los cuarenta grados, dirigiendo los chorros, principalmente, sobre la cabeza y la región cardíaca.

Observó atentamente.

Nada por el momento se produjo; pero, al cabo de unos instantes, la piel del hombre fue tomando un color rosado, abandonando el tono marmóreo que parecía cubrirla hasta entonces.

Tomó el pulso.

Ahora era francamente perceptible; por otra parte, los latidos habían aumentado de frecuencia e intensidad, demostrando que la vida volvía rápidamente a aquella criatura.

Previniéndose por anticipado de los peligros que pudiesen resultar del despertar del hombre, O'Neil enfocó los chorros de nieve, sin abrir las llaves, dispuesto a sumir nuevamente en una catalepsia profunda a aquella criatura, al menor aviso de peligro.

El hombre blanco empezó a moverse, dulcemente, respirando cada vez con mayor naturalidad. Su tórax se movía rítmicamente y su piel había recobrado por completo el color natural de la vida.

Cerca de él, junto al lecho donde yacía, Bund, sentado, con el interruptor de la nieve en la mano, miraba ansiosamente el rostro del hombre, con una emoción que apenas podía retener, ya que le hubiese gastado despertarle, despabilarle y poder establecer contacto con él cuanto antes.

El hombre abrió los ojos.

Su mirada quedó, momentáneamente, dirigida al techo de la cámara, sin que las pupilas se moviesen en absoluto. Después, lentamente, sus ojos giraron hacia la izquierda, resbalando su mirada por el muro metálico y, finalmente, se volvió, mirando a Bund.

Una suave arruga frunció su entrecejo y la luz de sus ojos se animó poderosamente.

—¿Quién es usted? — inquirió O'Neil, con la voz fuertemente tomada de emoción.

Estaba completamente seguro de que aquella pregunta, como todas las que se proponía formular al ser que tenía ante él, iban a perderse en el más lógico de los mutismos.

—Soy Xumor.

Bund tuvo que hacer un esfuerzo para no dar el salto que su cuerpo hubiese dado al oír las palabras que acababan de salir de los labios del desconocido.

¡Había hablado!

Y no solamente eso: se había expresado en un inglés correcto, aunque al pronunciar su nombre lo hizo de una manera gutural, que recordaba a Bund la difícil articulación de las lenguas primitivas.

—Y usted... ¿quién es?

Bund tragó saliva, con visible dificultad, logrando articular momentos después:

—Me llamo Bund O'Neil.

El otro asintió, con un gesto de cabeza.

—¿Qué estoy haciendo aquí?

—Lo he capturado... Porque, indudablemente, usted es un «Termófago».

—¿Un qué...?

—Un «Termófago»; uno de esos seres que devoran ávidamente el calor y contra los que estamos luchando.

La luz de las pupilas de Xumor se apagó un tanto.

—Comprendo.

Viendo que aquella criatura, además de hablar y comprenderlo todo, se daba cuenta de que los hombres se habían visto obligados a luchar contra ellos, Bund se animó:

—¿Por qué atacan ustedes?

—¿Nosotros?

—Sí. Al consumir el calor que generan las pilas atómicas, han causado muchísimos muertos, obligándonos a abandonar cuatro planetas del sistema, donde teníamos establecidas bases de estudio y hasta ciudades mineras.

—Nosotros no sabíamos...

Hubo un largo y emocionante silencio; después, cuando Bund preguntó de dónde procedían tan extraordinarios seres, Xumor sonrió tristemente.

—Lo contaré todo; pero, antes de empezar, sepa, señor O'Neil que somos hijos de la Tierra.

—¿Ustedes terrícolas?

—Sí.

—¡No es posible!

—No solamente es posible, sino que es cierto. Escuche: Hemos tardado mucho tiempo en poder darnos cuenta de nuestra procedencia, pero sobre ello no puede caber ya la menor duda.

»¡Somos terrícolas.

»Nosotros nacimos, como ustedes, en la Tierra. Vivíamos en una zona que, por las circunstancias geográficas, se vio atacada por bajas temperaturas, encontrándose en el centro de un mar de hielos, quizá no muy lejos de los actuales Estados Unidos que, en aquel momento, eran el Polo Norte y la Tierra.

»Tuvimos la mala suerte de vernos completamente rodeados por los hielos, sin poder escapar de aquel encierro que, lógicamente, debía habernos condenado a una desaparición definitiva.

»Pero al mismo tiempo, es decir, un poco más tarde, una serie de volcanes se encendieron en la zona que ocupábamos.

»Por el momento, nos alimentamos de los animales y de las escasas plantas, de tipo alpino, que había en aquellas tierras. El frío mató las segundas y nuestro apetito terminó con los primeros.

»Ateridos, esperando solamente la muerte, sin ni siquiera atrevernos a devorarnos los unos a los otros, tan débiles y escuálidos estábamos, nos trasladamos a la proximidad de los volcanes, deseando por lo menos disfrutar de una temperatura mejor a la que reinaba en el resto del país.

Su frente se frunció.

—¿Qué pasó entonces? — inquirió Bund.

—Es muy difícil saberlo... Permanecimos allá no sé cuánto tiempo. Lo cierto es que la muerte, que esperábamos ya casi como una bienhechora liberación, no llegó.

»Al cabo de las semanas, o de los meses, o de los años, eso no lo sabremos jamás, nos percatamos de que ya éramos capaces de vivir a expensas del calor que seguían emitiendo los volcanes.

»¿Qué había pasado?

»Nosotros, al pensarlo después, tuvimos que llegar, forzosamente, a la conclusión de que nuestros organismos se habían «adaptado», suprimiendo las combustiones internas, producidas por los alimentos, por un nuevo metabolismo puramente calorífico y que aprovechaba la temperatura para hacer vivir las células de nuestros cuerpos.

La naturaleza se había adaptado al medio.

»Notamos también que podíamos resistir temperaturas ciertamente elevadas y que hubiesen provocado la coagulación de las proteínas celulares, y la muerte, en cualquier otro ser.

»Fue, sin duda alguna, una adaptación especial a las circunstancias ambientales, algo sólo posible en aquella época en que nuestra especie era joven y poseía un carácter tan dúctil como maleable, capaz de sobreponerse a cualquier contingencia adversa para salvar lo más importante: su supervivencia.

—¡Es fantástico!

—Desde su punto de vista, sí.

—¿Y desde el suyo no?

—Es diferente. Nosotros hemos olvidado por completo cualquier otra clase de existencia. Muchos de los nuestros murieron, pero quedó un núcleo, del que yo formo parte.

—Pero, yendo por partes, ¿cómo es posible que usted, como los otros...

sean aquellos mismos seres?

—Así es.

—¡Increíble!

—Lo comprendo.

—Entonces... ¿qué edad tiene usted?

—¿Qué importa tener dos o tres o hasta cinco millones de años?

Había sonreído y Bund le imitó.

—No llego a entenderlo.

—Voy a intentar explicárselo. Después de aquellas experiencias vivas, que cambiaron nuestra existencia, haciéndonos depender sólo y exclusivamente del calor, nuestros organismos fueron dejando de ser regidos por las leyes de la Biología... Nos convertimos en entes físicos y pasamos a depender de nuestras leyes que regían, hasta entonces, a los seres inanimados.

»Nuestro metabolismo dependió, a partir de entonces, de cambios energéticos elementales, casi como los de las plantas. Ya que nos bastaban el calor y el oxígeno para vivir; pero después, mucho más tarde, antes de nuestro éxodo, nos convertimos en entes moleculares, dependientes solamente del calor y sin que nos fuese necesario el oxígeno para vivir.

—¿Cómo es posible?

—Comprenda que nosotros ya no éramos, ni remotamente, seres humanos... Durante un cierto tiempo, conservamos la forma; pero más tarde, la cohesión de nuestras moléculas fue cediendo... y nos hubiésemos disuelto en el aire, de no haber conservado cierta cohesión, quizá debido a un modo de atracción que el calor facilitaba.

—Ha hablado antes de un éxodo...

—Sí. Fue lo más horrible e inesperado que nos ocurrió... Llevábamos miles de años en aquella región, perfectamente adaptados a las condiciones del medio ambiente. Ya habíamos perdido la forma humana, pero seguíamos unidos.

—¿No tuvieron hijos?

Xumor sonrió.

—No. La misma esencia de nuestra fortaleza, que nos daba la seguridad de vivir mucho tiempo, cortó ese anhelo biológico de las criaturas sometidas a una existencia relativamente corta. Éramos unos dos mil y quedamos ochocientos, después de las bajas que la adaptación produjo.

—Siga, por favor.

—Estábamos hablando del éxodo. Se produjo brutalmente, cuando menos lo esperábamos. Habíamos llegado a un estado de dispersión que se asemejaba a la estructura de los gases. No obstante, la cohesión mantenía todas nuestras moléculas unidas.

—¿Y entonces...?

—Habiendo perdido el peso, la fuerza de la gravedad dejó de ejercer su acción sobre nosotros. Y nos vimos elevados, bruscamente, saliendo de la Tierra.

—¿No les hizo daño el frío interestelar?

—Debía habernos matado, lógicamente; pero llevábamos una reserva bastante grande de calor y eso nos salvó...

—¿Y después?

—Vivimos pobremente, a expensas de los meteoritos. Con un esfuerzo tremendo conseguimos acercarnos a la atmósfera terrestre, tomando el calor de los cuerpos cósmicos que caen sobre la Tierra y que se incendian al llegar a la capa de aire que envuelve nuestro planeta.

»Después emigramos a Marte, estuvimos en Júpiter, alimentándonos de todo lo que fuese fuente calorífica. Fue un éxodo que ha durado millones de años.

»Hace sólo un millón, Plutón sufrió una actividad volcánica formidable que, como usted pensará, nos colmó de felicidad. Vivimos allá muchísimo tiempo y cuando los volcanes se apagaron, nos metimos entre las cenizas de los cráteres, vegetando allá hasta que...

Guardó silencio, como si no le gustase seguir.

—¿Hasta... qué? — insistió Bund, que bebía las palabras de su interlocutor.

—Hasta que un día notamos, gracias a nuestras antenas perceptibles, que nuevas fuentes de calor habían nacido en Plutón. Y las devoramos glotonamente.

—Eso ya lo sé,

Hubo un silencio.

—Lo que no entiendo es cómo ha logrado aprender mi lengua y saber tantas cosas, ya que, sin ánimo de ofenderle, su cultura debía estar de acuerdo con aquella época preglacial en que vivió.

—Naturalmente. Hasta hace muy poco, nada sabíamos; pero cuando salimos de las cenizas de los volcanes plutonianos para devorar las nuevas fuentes de calor, nos sorprendió, agradablemente, la existencia de seres que

nos recordaban nuestra antigua forma.

Sonrió.

—Comprender lo que decían y aprender cuanto sabían fue para nosotros, cerebros con una experiencia de millones de años, una cosa de juego...

—Ya entiendo.

—Hicimos lo posible por ponernos en comunicación con aquellas criaturas; pero fue imposible.

—¿Por qué?

—Porque ustedes desconocen y, por otra parte, no podrían emplear el lenguaje térmico que nosotros utilizamos.

—¿Lenguaje... térmico?

—Sí. Aprovechando el calor, emitimos radiaciones de distinta longitud de onda, dentro del campo de los infrarrojos, como ustedes los llaman.

—¡Ahora comprendo aquellas raras emanaciones que surgían en las placas! ¡Eran palabras fotografiadas!

—En cierto modo, sí. Usted captó nuestros mensajes térmicos.

—¿Y la forma de arácnido?

—¿Se refiere a la que usted obtuvo en sus fotografías?

—Sí.

—Es la nuestra. Usted ya sabe que la esfera es la forma más viable para cualquier conjunto molecular; de ahí que los líquidos la adapten para defenderse del medio, jugando con las fuerzas físicas de la tensión superficial.

»Nosotros hemos hecho lo mismo. Tomando la forma esférica, estamos libres de una dispersión mayor. Lo que puede interesarle, como curiosidad, es que la esfera corresponde, casi totalmente, al cerebro; el cuerpo forma una capa de revestimiento molecular muy fina.

—¿Y los tentáculos?

—Los emitimos solamente para apoderarnos del calor... Y en eso tenemos la ventaja de poseer diez órganos conductores en vez de dos manos, como ustedes. Gracias a esas diez prolongaciones, controlamos las fuentes de calor, evitando reacciones brutales, como en el uranio de sus pilas atómicas.

—Era una de las cosas que me faltaba explicar.

Guardaron silencio.

—Y ahora le toca a usted — dijo Xumor—. ¿Cómo he logrado tomar la forma humana?

—Creo que por un proceso previo de congelación, seguido de una elevación suave de la temperatura. ¡Ahora podrán volver a ser seres humanos!

El otro sonrió, tristemente.

—Eso es una quimera, amigo mío... ¿Ha olvidado que no podremos jamás adaptarnos a un metabolismo que no sea el del calor? No, no hay nada que hacer...

Los ojos de Bund brillaban de esperanza,

—¡Pues hay que hacer algo!

—¿Por qué?

—¿No se da usted cuenta?

—No lo entiendo.

—Verá: hemos declarado guerra sin cuartel a los «Termófagos», creyendo que se trataba de otra cosa... Ahora, sabiendo que son ustedes, en el fondo, tan humanos como nosotros, ¿no cree que podríamos convivir?

—¿Cómo? Nosotros nos dimos cuenta de que hacíamos daño; pero ¿qué otra cosa podíamos hacer? Las cenizas de los extinguidos volcanes plutonianos se estaban apagando rápidamente... y fue una fuerza superior a nosotros, esa fuerza que rige el destino de las especies, la que nos empujó ferozmente hacia las nuevas fuentes caloríficas.

—Es verdad; pero no creo que sea necesario eso.

—¿Está usted seguro?

Bund le miró fijamente.

—Eso depende de su manera de ver las cosas: si desea la amistad de los hombres, ustedes lo son también después de todo, su existencia puede arreglarse, Sí, por el contrario, creen que deben seguir obrando anárquicamente, no veo otra solución que la guerra.

—No, no queremos la guerra...

Bund sonrió, explicando después al otro su plan, que garantizaba una existencia pacífica a los «Termófagos».

Más tarde, la grúa volvía a depositar a Xumor en el exterior de la Cúpula. Bund, había colocado una pequeña pila atómica en el interior.

Había ganado la mejor batalla de todos los tiempos.

CAPÍTULO IX



ESPUÉS, dirigiéndose a la muchacha, inquirió:

—¿Y tu padre?

Lidia sonrió.

—Se fue a dormir. ¿Sabes cuánto tiempo has estado con ese hombre en la cámara?

—No lo sé.

Cinco horas... si no te hubiese visto, de vez en cuando, a través del ojo de buey, charlando tranquilamente con él, me hubiese muerto de ansiedad.

Él la miró fijamente.

—¿Tanto cuento para ti, Lidia?

La muchacha bajó la cabeza.

—Mucho — dijo al fin.

Él la tomó en sus brazos.

—¿Es verdad lo que he oído, querida?

—Sí; pero ya conoces nuestro pacto. Hasta que no sepa dónde se halla Fred.

«¡Ha llegado el momento de hablar claro, Bund!», pensó éste.

—Verás, Lidia — empezó él—. Yo...

Un grito de dolor les hizo mirarse, interrogativamente; luego, rompiendo el abrazo que les mantenía juntos, corrieron, alocadamente, hacia las escaleras, descendiendo al piso de las habitaciones y no deteniéndose hasta llegar a la puerta del viejo Lewis.

—Entra tú — suplicó ella.

Lo hizo Bund, alegrándose, casi de inmediato, de que Lidia no hubiese entrado.

Lewis Ferguson yacía en el suelo, junto al lecho, con la cabeza horriblemente destrozada.

Salió rápidamente, tomando a Lidia entre sus brazos.

—¿Qué ocurre, Bund?

—Muerto. Asesinado.

—¿Eh? ¿Quién?

—Fred.

Y le contó lo ocurrido, sin dejar un solo detalle.

Ella guardó silencio, un largo silencio; después, cuando las lágrimas dejaron de correr por sus mejillas:

—Hiciste bien, Bund; pero, ¿cómo logró...?

—¿Resucitar? No ha resucitado, Lidia. Sencillamente, creí haberle matado, pero no fue así.

—¿Entonces...?

—Lo dejé malparado, pero la temperatura del refrigerador le procuró un estado de hibernación que hizo que se recuperase por completo. Eso es todo.

—Es peligroso.

—Ya lo sé. Deberemos estar siempre juntos, ya que, como has visto, ese canalla se ha aprovechado del primer descuido para empezar a matar... Y seguirá, con el que de nosotros considere el más débil.

Lidia se apretó contra él.

—No tengas miedo, querida. Regresaremos al laboratorio y haremos allí la vida. Voy a intentar establecer comunicación con Marte para decirles que todo está arreglado.

—¡Papá estaba seguro de que triunfarías! Él confiaba en tu éxito.

—Y tenía razón; porque todo lo que me empujaba hacía el triunfo eras tú, amor mío.

—¡Bund!

Se besaron.

Entonces una carcajada diabólica resonó en el laboratorio, aumentada por la concavidad de la Cúpula y repitiéndose, en mil ecos, en los sótanos inmensos.

—¡Fred!

—Sí, Lidia... Debe de haber perdido la razón. Vamos.

—¿Dónde?

—Al laboratorio. Sería capaz de cerrarnos la puerta de comunicación y

dejarnos aquí, encerrados... ¡Justo en el momento en que Xumor trabaja por la paz!

—¿Xumor?

—El «Termófago» que capturé.

—Vamos entonces.

Salieron y subieron cuidadosamente las escaleras hasta penetrar en el inmenso laboratorio.

Un silencio pesado cayó sobre ellos.

Pasando entre los colosales aparatos, la pareja avanzó hacia la zona donde Bund solía trabajar.

El silencio seguía siendo profundo.

Pero, al llegar junto a la mesa de trabajo de O'Neil, la carcajada volvió a sonar, esta vez amplificada por los altavoces que rodeaban el laboratorio.

—¡Está en los sótanos!

Corrió Bund y regresó poco después.

—¡Ha cerrado la puerta!

Y entonces, la voz de Fred se dejó oír:

—¡Imbéciles! ¡Seguid cortejando como dos estúpidos! Veremos si es verdad que los enamorados pueden vivir sin comer, sin beber... Porque no habréis olvidado que las provisiones y el agua están aquí abajo, ¿verdad?

El silencio, al dejar de oírse la voz estentórea de los megáfonos, pareció más intenso.

—Pero no quiero daros tanto tiempo... Acabo de parar el sistema de protección de refrigeración, dando paso a los «Termófagos»... ¡Entiéndete con ellos, Bund!

El joven, fuera de sí, se encaró con la voz, sabiendo que los micrófonos harían llegar la suya hasta Fred.

—¡Son mis amigos, Holder! No lograrás nada...

—Haces bien en decírmelo... ¡Voy a desconectar la pila atómica! ¿Has olvidado cómo murieron los hombres de los otros planetas exteriores?

Y la carcajada resonó de nuevo.

—Se ha vuelto loco — dijo Lidia.

—Un loco peligroso... ¡Qué estúpido he sido! Cuando me di cuenta de su presencia, aquella noche en que oí sus pasos, debía haberle buscado para inutilizarle.

—Ya es tarde.

—Sí.

Y después de un silencio:

—Ahora ya no podrá hacer nada Xumor... Iba a volver, de la misma manera que lo hice entrar la primera vez; pero sin energía para la grúa, no podré hacerlo.

Pasaron los minutos, en silencio, hasta que Lidia se estremeció.

—Tengo frío, amor mío.

Él la miró, angustiosamente.

¡Era el frío exterior, la horrible temperatura joviana que empezaba a penetrar en la Cúpula, anunciando un final espantoso!

Tenía que hacer algo.

Recordando que poseía unas bombonas de ácidos y planchas de metal en cantidad, Bund se levantó prestamente y preparó un dispositivo elemental; después volvió junto a la muchacha.

Se explicó:

—Escucha, querida... Vas a entrar en esa cámara... Yo te procuraré unas horas de calor.

—¿Y tú?

—Ya me arreglaré.

—No.

—Sí. Hazme caso, amor mío... Puedo producir, también, con los ácidos, un poco de electricidad, que te servirá para emitir con la radio de transistores... Ya sabes que necesitan muy poca energía eléctrica... Llamarás, sin cesar, a Marte. Puede ser que tengamos suerte.

—¿Por qué no entras conmigo?

—Porque deberé vigilar las reacciones desde fuera... ¡Vamos, Lidia!

Se dejó arrastrar.

Una vez la tuvo en la cabina, pasándole después la potente pero pequeña emisora, Bund cerró cuidadosamente la puerta y empezó a enviar calor y energía a la muchacha.

«Al menos —se dijo—, no me verá morir... ni yo a ella. Es mejor así.»

Las planchas fueron consumiéndose, mucho más rápidamente que él pensara. Al mismo tiempo, el frio iba apoderándose de su cuerpo, adormeciéndolo, volviéndolo cada vez menos sensible.

Se tenía difícilmente en pie.

Hasta que, finalmente, se desplomó y quedó inmóvil en el suelo. Su cuerpo fue enfriándose paulatinamente.

* * *

Chas encendió otro cigarrillo; después, dirigiéndose a Cameron, inquirió:

—¿Nada?

—Nada.

Curtis, el astromecánico, movió la cabeza de un lado a otro.

—¡Si pudiésemos acercarnos más!

—Es imposible — replicó Chas Otler—. Tenemos órdenes de no pasar de aquí. Si han fracasado y esos «Termófagos» han terminado con ellos, podríamos encontrarlos en el camino... Y si nos dejan sin pila, ya podemos rezar...

—Fue una locura.

—Evidentemente; pero ¿qué quieres? Ese muchacho fue siempre un tozudo de marca mayor.

—¿Y la chica?

—El amor debe de ser una cosa rarísima, capaz de sacar fuerza de flaqueza de donde no las hay.

—¡Pues mira que el viejo, a su edad!

—¿Ferguson? Ése es capaz de cualquier cosa por ayudar a O'Neil. Ya me enteré de que lo quería como a un hijo.

—¡Pobrecillos!

—Hablas de ellos como si estuviesen muertos.

—¿Y cómo quieres que estén? Bund valía mucho, pero el problema con el que se enfrentaba era demasiado peliagudo.

—¿Volvemos a la base?

—Sí. Eso es lo que vamos a hacer.

Y después de una pausa:

—¡Curtis!

—¿Qué hay, Chas?

—Cambia de rumbo. Regresamos.

—Bien.

Elmer penetró en la cámara del piloto automático, procediendo a hacer los cálculos para el viraje.

Fue justamente en aquel momento cuando la voz de Cameron estalló:

—¡Un momento!

Todos corrieron hacia él.

—¿Qué pasa? — inquirió Chas, visiblemente nervioso.

—Creo que he obtenido comunicación.

—¿Eh?

—Es muy débil. Tendré que utilizar todos los amplificadores.

—¿Y a qué demonios estás esperando?

Ralph lo hizo, y acto seguido se aumentó la intensidad de una voz, apenas audible momentos antes.

—¡Aquí, Cúpula de Júpiter!

—¡Aquí, «Rapide»! — aulló Cameron—. ¿Quién es ahí?

—Lidia Ferguson. ¿Están muy lejos?

—No... ¿Y Bund?

—Está fuera...

—¿Sobre Júpiter?

—No, en el laboratorio; pero la pila atómica no funciona...

Se miraron, desesperadamente.

—¿Los... «Termófagos»? —inquirió Cameron, con voz velada por la angustia.

—No. Ha sido mi marido, Fred Holder, que está encerrado en los sótanos y que ha desconectado los conductores de las pilas... ¡Vengan en seguida o morirá O'Neil!

—¡Vamos ahora mismo!

Cortaron la comunicación.

—¡Rumbo órbita de Júpiter!—gritó Chas.

Y cuando se hubo logrado, gritó:

—¡Máxima velocidad!

El «Rapide» salió lanzado como una flecha.

La impaciencia se apoderó de todos que, olvidando sus distracciones habituales, se agolparon en la cabina de pilotaje, alrededor de Curtis, que había sustituido a Cameron, desde la marcha de O'Neil.

—¿Habéis oído lo que ha dicho esa muchacha?

—¿Cómo demonios llegó ese Fred a la Cúpula? nos dijeron cuando los llamamos por última vez.

—Debió de esconderse.

—¡Menudo pájaro!

—¿No puedes ir más aprisa, muchacho?

Elmer se volvió, sonriendo.

—Voy al máximo, Chas.

—Lo importante es llegar a tiempo... Un hombre no puede resistir mucho el frío de esos malditos planetas exteriores.

—Todo depende del tiempo que haga que ese Fred desconectó la pila.

—¡El muy canalla!

Hubo una pausa.

—¿Por qué no intentas comunicar de nuevo, Cameron?

—Voy a intentarlo.

Salió, seguido por todos, excepto por el piloto.

—No se oye nada.

—Inténtalo.

—Veremos.

Maniobró, desesperadamente, hasta conseguir enlazar con aquel débil tren de ondas que producían los transistores de la emisora que manejaba Lidia.

—¿Me oye, señorita? ¡Aquí, «Rapide», avanzando hacia Júpiter!

La voz les llegó, más débil que nunca.

—Mucho frío... mucho frío... mucho frío...

—¡Está delirando!

Chas cerró los puños.

—Bund habrá muerto.

—¡No digas eso!

—Hay que esperar lo peor... ¡Pero más vale que ese Fred desaparezca antes de que lleguemos! ¡Lo voy a hacer pedazos!

—Tendrás que pelearte con nosotros: todos vengaremos al pobre O'Neil.

—¡Eh, vosotros!

Corrieron a la cabina.

—¡Mirad!

El gigantesco Júpiter ocupaba ya la casi totalidad del horizonte visible.

—¿Cuánto falta?

—Un par de horas, a mucho correr.

Chas palideció:

—Llegaremos tarde... los dos estarán muertos.

CAPÍTULO X



RED HOLDER permaneció muchas horas sentado, no lejos de los mecanismos de la pila atómica, que había desconectado del laboratorio.

Una risa nerviosa, de vez en cuando, le sacudía, como si se estremeciese espasmódicamente.

—¡Van a morir!

Estaba plenamente satisfecho de su triunfo, aunque una especie de niebla espesa cubría a veces sus ideas, haciéndole confundir el presente y el pasado.

—¡Van a morir!

Aquélla era la única idea que se abría camino en medio del caos de las que poblaban su cerebro. Y la risa era provocada por aquella convicción de triunfo, a la que se agarraba con todas las fuerzas.

¿Qué le importaba lo demás?

Había perdido hasta el claro concepto de su ambición y despreciaba todas las riquezas que había deseado tan desesperadamente.

—¡Morirán!

Miró los tubos conductores, que había cerrado, imaginándose la escena que debía estar desarrollándose allá arriba, en el laboratorio.

—Deben de estar abrazados, helados ya... ¡Ja, ja, ja!

Estaba impaciente por subir, pero no se atrevía a hacerlo, ya que al conectar nuevamente los tubos podría reavivar a los que todavía podían tener una parcela de vida.

Y los quería muertos, definitivamente, para contemplarlos hasta la saciedad.

Pasaron los minutos...

De repente, un escalofrío lo sacudió brutalmente, inesperadamente.

—¿Eh?

Se puso en pie, aterido, sintiendo que el frío le penetraba como un millar de alfileres agudos.

Una simple ojeada a los termómetros pegados a las paredes de la pila le demostró que la temperatura descendía a toda velocidad.

—¿Eh?

Intentaba explicarse aquello; pero su mente embotada tardó en comprenderlo.

¡Los «Termófagos»!

Había sido tan idiota de suprimir el refrigerador, dejando que aquellos horribles seres penetrasen en la cúpula, llegando hasta las pilas, que estaban devorando en aquellos instantes.

El miedo le hizo abrir desmesuradamente los ojos.

—¡¡No!!

Corrió a ponerse un traje con termorregulador que, al menos, le salvaría, por el momento, del frío horrible que le rodeaba ya por doquier. Una salvaje idea se apoderó de su desequilibrado cerebro.

—¡Moriré, ya lo sé! Pero no importa... Iré primero a rematarlos; después, ¿qué puede importarme lo que pase?

Se apoderó de un hacha y empezó a subir las escaleras con los ojos tremendamente brillantes y una expresión horrible en el rostro, visible a través de la escafandra protectora de su traje termorregulador.

—¡¡Voy a matarlos!!

Le gustaba mucho más aquella manera personal de terminar con los dos seres a los que odiaba como nunca había odiado a nadie.

El hacha estaba manchada de sangre, ennegrecida ya, puesto que había sido el arma que utilizó para asesinar al viejo Lewis. Y ahora, al volver a empuñarla, experimentaba una sensación de sádico bienestar, anticipándose la alegría que le procuraría la destrucción de los cráneos de los dos jóvenes.

Al llegar al final de las escaleras abrió la puerta y, a pesar de su traje, sintió el frío intenso que reinaba ya en el laboratorio.

Avanzó despacio, como si sus víctimas hubieran seguido vivas.

Después de atravesar gran parte de la inmensa estancia vio a Bund, inmóvil en el suelo. Y buscó afanosamente a Lidia.

—¡Acabaré primero con él!

Sus dedos se cerraron espasmódicamente sobre el astil del hacha hasta que los nudillos, bajo los guantes protectores, se tornaron blancos.

Fue entonces, cuando ya estaba casi junto a O’Neil, que descubrió una extraña luminosidad que lo cubría casi por completo.

Se detuvo unos instantes, pero fue sólo para levantar el hacha, dispuesto a descargarla sobre el cráneo de Bund, deshaciéndolo al primer golpe.

Pero en aquel momento la luminosidad que estaba sobre el joven se levantó bruscamente, produciendo una fuerte luz que cegó transitoriamente a Holder.

Al mismo tiempo otras luminosidades surgieron de los aparatos vecinos, precipitándose sobre Fred, que lanzó un aullido de dolor.

Momentos después, ya en el suelo, su cuerpo se puso a arder, hasta que quedó completamente reducido a cenizas.

* * *

—¡Qué frío hace aquí!

Iban dentro de las cómodas escafandras espaciales.

—Voy a conectar la pila.

—Date prisa, Elmer.

Curtis corrió hacia los sótanos y, momentos más tarde, todos los aparatos se pusieron a funcionar nuevamente.

Los otros atendían a Fred y Lidia, a la que encontraren desvanecida en el interior de la cámara, junto a la emisora.

Se quitaron las escafandras.

—¡Ya es raro! —exclamó Chas.

—¿El qué?

—Fíjate... Están templados cuando yo pensaba hallarlos completamente congelados.

—Es verdad.

—¿Vas a acabar de traer esa inyección, Cameron?

—Ya voy.

Inyectaron a los dos jóvenes y, momentos más tarde, Bund abría los ojos, mirando sorprendido a sus compañeros.

—¿Eh?

Chas sonrió.

—Estas en el cielo, O’Neil... Nuestra nave estalló y henos aquí a todos... ¿Te das cuenta de que no hemos sido tan malos como todo eso?

—Bromeas...

—Sí, muchacho. Al parecer llegamos a tiempo para descongelarte.

—¿Y Lidia?

—Aquí está; no te preocupes... Pronto abrirá los ojos.

Y señalando hacia un rincón:

—¿De quién es ese cadáver carbonizado, Bund?

Éste se incorporó.

—No lo he visto hasta ahora.

—Llevaba un hacha manchada de sangre. Hemos visto el cadáver del pobre señor Ferguson y estamos seguros de que fue con esa hacha...

—¡No!

—¿Por qué pones esa cara?

—¡Porque entonces se trata de Fred!

—¿Y por qué no?

—Pero... ¿queréis que me vuelva loco? ¡Un cadáver carbonizado en medio de una estancia que es un frigorífico...!

—Eso tampoco lo entiendo yo — dijo Chas.

Lidia se recuperó en aquellos instantes.

—¡Bund!

—¡Querida!

Se abrazaron ante las sonrisas maliciosas de los otros.

—¡Lo hemos logrado, Bund!

—Sí. Estos granujas se hicieron esperar...

Luego, poniéndose en pie:

—¡Había olvidado a Xumor!

Chas le miró intrigado.

—¿Otro?

O'Neil sonrió.

—Es nuestro amigo «Termófago».

—¿Eh? Es verdad, se nos había olvidado... ¿Has logrado algo?

—Pronto lo verás.

La grúa se puso en movimiento con una minúscula pila que Bund cargó de la general. Después, cuando la puerta se hubo cerrado, una vez en el exterior, Bund hizo que la grúa posase la esfera en el sitio de costumbre.

Procedió como la otra vez, produciendo un descenso brusco de temperatura, seguido de una paulatina elevación. Hasta que consideró llegado el momento de penetrar.

Los otros le contemplaban con los ojos muy abiertos.

Pero cuando, asomándose, vieron a Xumor, abrieron los ojos como platos.

—Puedes entrar, Chas.

El «Termófago» no tardó en abrir los ojos.

Sonrió.

—Has de perdonarme, Xumor —dijo Bund—. Circunstancias desdichadas me obligaron a retrasar esta entrevista.

—Ya lo sé.

—¿Lo sabes? No entiendo.

—Me di cuenta de que debía de pasar algo raro.

—¿Cómo?

—Cuando la cúpula dejó de tener esa capa fría de protección... Pensé que algo grave pasaba y entré con unos cuantos de los míos.

—¿Eh?

—Sí. Te encontré en el suelo, en mal estado... Luego bajamos a los sótanos, atraídos por el calor.

—¿Qué ocurrió?

—Había allí un hombre, cuyos ojos brillaban peligrosamente. Comprendí que era tu enemigo y que había, sido el que suprimió el calor de la cúpula.

—¿Qué hiciste entonces?

—Ordené a los míos que consumiesen un poco de la energía que liberaba la pila; justo lo suficiente para que aquel hombre sufriese. Al mismo tiempo mandé a los que habían cogido el calor para que formasen una capa protectora alrededor de los cuerpos de vosotros dos.

—¡Es maravilloso!

—Después vi que el hombre se vestía con un traje protector, cogía el hacha y subía al laboratorio. Le seguí.

—¡Venía a matarnos!

—Ya lo vi; pero quise convencerme. Luego, al ver que levantaba amenazadoramente el hacha, me lancé sobre él, siendo imitado por mis amigos. Y nos limitamos a liberar, de golpe, gran parte del calor que poseíamos, carbonizándole.

Bund le miraba, agradecido.

—¡Nos habéis salvado! ¡Habéis sido vosotros!

Chas le dio con el codo.

—Oye, Bund... O me contestas o me lío a dar gritos, completamente majareta...

—Di.

—¿Este... señor... es un «Termófago»?

O’Neil sonrió.

—Sí. Voy a explicarte.

Y le contó con todo detalle la formidable aventura de aquellos seres, que después de todo eran tremendamente desdichados.

—¿Y qué vamos a hacer?

—¡Llevárnoslos!

—¿Has perdido la cabeza?

—No. Los llevaremos a la Tierra y nos ocuparemos para que las autoridades del Sistema les proporcionen lo que ellos necesitan: calor.

—Gracias, amigo — dijo Xumor.

—Es nuestro deber. Después de todo, sois hermanos nuestros y os ayudaremos, estudiando, mientras tanto, la manera de poder hacer que seáis de nuevo como nosotros.

—Gracias.

Bund dispuso un sistema controlado de calor que proporcionase el suficiente para poder llevar, adosadas al «Rapide», a las criaturas exiladas de la Tierra.

Unas horas después la astronave ponía proa a Marte.

EPÍLOGO

—Ya estamos —dijo Chas.

Descendieron del vehículo, atravesando el amplio jardín que conducía a la casa de Bund.

Momentos después Lidia les recibía, haciéndolos entrar en el salón.

—¡Qué alegría el veros!

—Hemos venido en cuanto acabamos la patrulla... ¿Y tu maridito?

—Trabajando.

—Te has casado con un robot.

Ella sonrió.

—Sigue interesado con el problema de los «Termófagos».

—¿Qué tal siguen?

—Están en un campo vecino, alrededor de las pilas que Bund logró que pusiesen a su disposición.

—¿Has visto a Xumor?

—Muchas veces. Cada semana Bund lo materializa y charla con él. Hoy lo hará también.

—¡El bueno de Xumor!

—Nos dio un buen susto el día que le conocimos — dijo Cameron.

—Claro... ¡Cualquiera se esperaba, cuando O'Neil abrió aquella esfera, que íbamos a encontrarnos con un hombre como nosotros!

La puerta del fondo se abrió.

—¡Aquí está nuestro sabio!

Bund estrechó calurosamente las manos de todos; pero parecía preocupado.

—¿Te pasa algo, querido?

Se sentó el joven y encendió un cigarrillo.

—Es un problema demasiado horrible. No creo que logre solucionarlo.

—¿A qué te refieres, Bund?

—A devolver a los «Termófagos» su forma humana.

—¿No lo conseguirás?

—Creo que no.

Guardaron unos instantes de silencio.

—Es una lástima... — dijo la muchacha—. ¡Con lo buenos que han sido con nosotros!

—Sí, es una pena...

Hubo una larga pausa; después Bund se levantó.

—¿Venís?

—¿Adónde?

—Vamos a ver a Xumor. He de decirle la verdad.

—Bueno.

Pasaron al laboratorio.

Una esfera semejante a la que habían visto en Júpiter tronaba en el centro de la inmensa estancia.

O'Neil maniobró los mandos, abriendo poco después la esfera.

Y Xumor salió.

—Mantengo el laboratorio a una temperatura constante — explicó Bund.

El «Termófago» estrechó la mano de todos, a los que recordaba perfectamente.

—Me alegro mucho de volverlos a ver.

Después, volviéndose a Bund:

—¿Estás pesaroso, amigo mío?

—Sí.

—¿Qué ocurre?

O'Neil dudó unos instantes; luego, haciendo de tripas corazón;

—No he avanzado nada, Xumor... El problema sigue insoluble.

—¿El de darnos nuevamente este aspecto?

—Sí.

El «Termófago» sonrió.

—Es mejor así, Bund.

—¿Eh?

—Sí. Yo también tengo noticias para ti... La muerte ha empezado a llevarse a algunos de los míos.

—¡Imposible!

—Sí. Ha llegado el final, amigo mío. Y, repito, es mejor... ¿Qué sería de unas pobres criaturas viejas de millones de años en un mundo joven? Es mejor, mucho mejor. Dios se ha apiadado de nosotros.



Jinete en el cielo

Su meta eran las estrellas, pero hasta lograr alcanzarlas tuvo que sortear un mundo de peligros, de acechanzas y traiciones.

Jinete en el cielo

Sólo la férrea voluntad de aquel hombre perdido en el espacio pudo vencer tantos obstáculos.

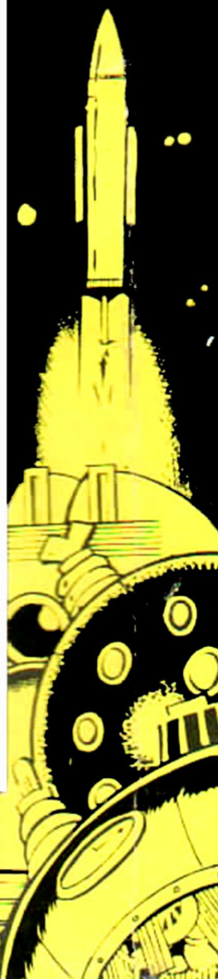
CONSERVE EN SU MEMORIA ESTE TÍTULO, QUE NO LOGRARÁ OLVIDAR:

Jinete en el cielo

Con su habilidad característica, *CLARK CARRADOS* nos arrastra a un mundo de ficción y lucha, lleno de sugestivas y apasionantes facetas.

ÚLTIMOS TÍTULOS PUBLICADOS

98. — Objetivo: la Luna. — *Fel Marty*.
99. — Pacto en el gran canal. — *Clark Carrados*.
100. — Un mundo muerto. — *Red Arthur*.
101. — Taum, cazador estelar. — *Law Space*.
102. — Justicia robótica. — *Clark Carrados*.
103. — La llegada de los «Zetas». — *Law Space*.
104. — La nueva era. — *Clark Carrados*.
105. — La guerra de los satélites. — *H. S. Thels*.
106. — El «robot» Espartaco. — *Sylvester Strange*.
107. — El hombre de Júpiter. — *H. S. Thels*.
108. — Maquiavelo artificial. — *Clark Carrados*.
109. — «Zero». — *Johnny Garland*.
110. — Huida al pasado. — *Law Space*.
111. — Vikingo del Cosmos. — *Clark Carrados*.
112. — ¡Cuidado, terrestres! — *Tom Argo*.
113. — Sólo un planeta. — *Clark Carrados*.
114. — Venganza cósmica. — *Law Space*.
115. — «Homo mechanicus». — *Clark Carrados*.
116. — «Los visitantes». — *Johnny Garland*.
117. — Raza de señores. — *Clark Carrados*.
118. — Robinsón estelar. — *H. S. Thels*.
119. — La fortaleza negra. — *Clark Carrados*.
120. — Las ratas. — *H. S. Thels*.
121. — Metamorfosis. — *Law Space*.
122. — La agonía de los mundos. — *Johnny Garland*.
123. — El planeta maldito. — *Law Space*.
124. — «Los satánicos». — *Tom Argo*.
125. — Pantropía. — *H. S Thels*.
126. — ¡Manda Titán! — *Law Space*.
127. — La sed del átomo. — *Clark Carrados*.
128. — La doble batalla. — *Clark Carrados*.
129. — ¡Guerra a los termófagos! — *H. S. Thels*.



ALEX NICOL en una escena de *Hermanos ante el peligro,* de Universal Internacional

Precio en España: 6.-ptas. En Argentina: 5,50 pesos